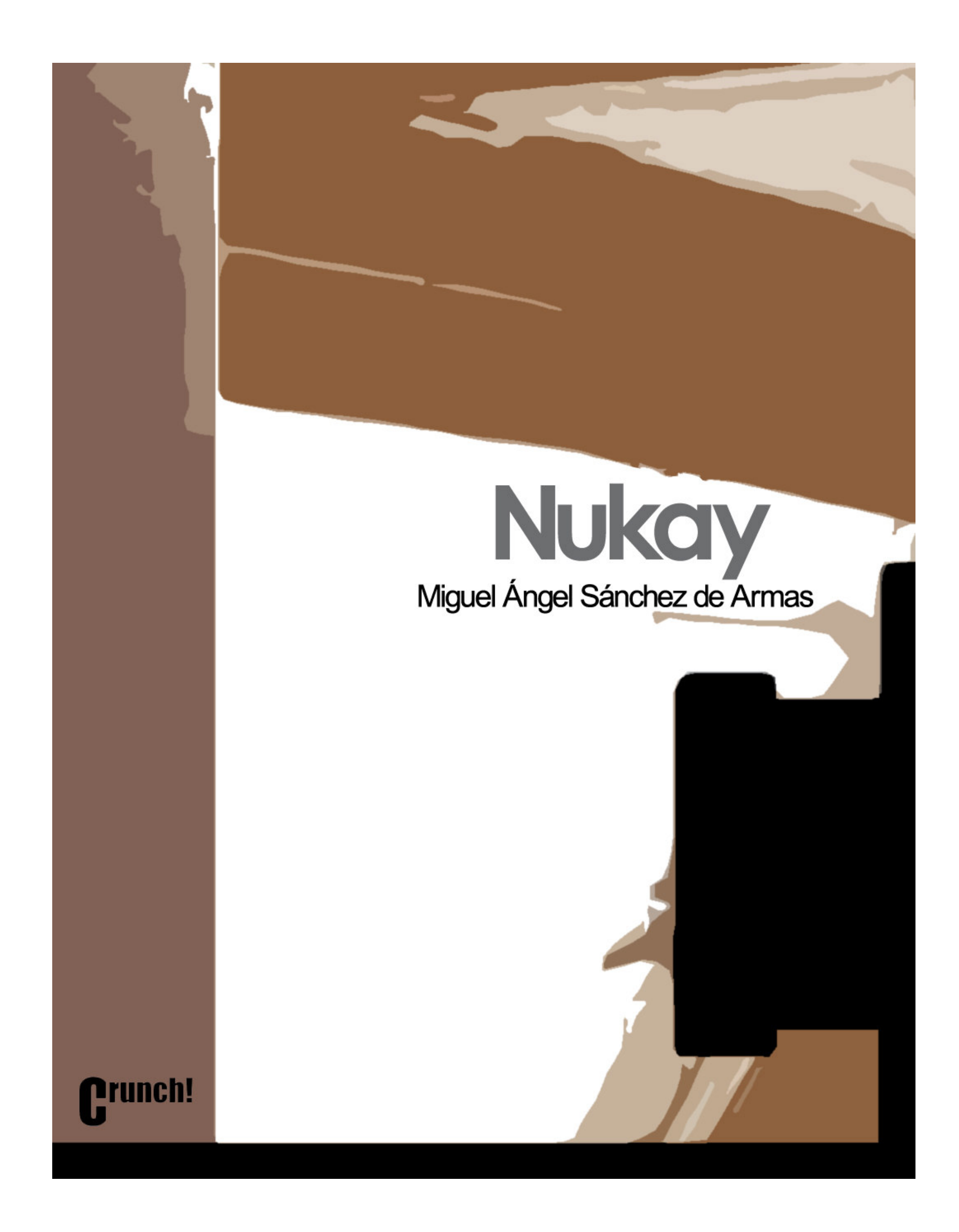


Nukay
Miguel Ángel Sánchez de Armas
Crunch!

MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ DE ARMAS : NUKAY

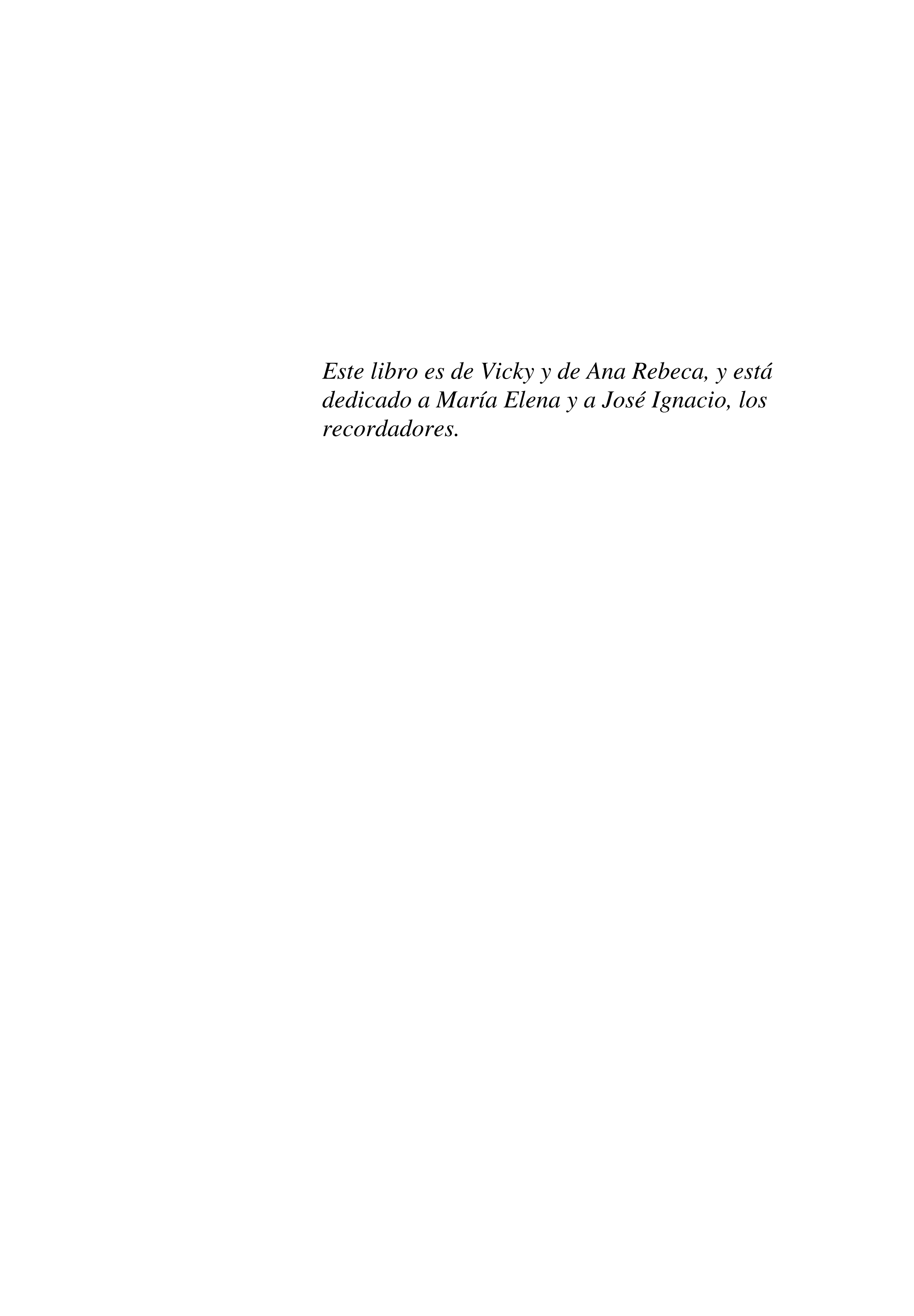
CRUNCH • MÉXICO

Miguel Ángel Sánchez de Armas

Nukay

Crunch!

D. R. © 2004, Crunch! Editores
Arista 1443, Segunda Sección
21100 Mexicali, B.C.



Este libro es de Vicky y de Ana Rebeca, y está dedicado a María Elena y a José Ignacio, los recordadores.

Nukay en verdad existe, y son ciertas todas sus historias —incluso las que se han quedado en la imaginación. Los personajes son, o fueron, los mismos. Sólo me he tomado algunas libertades que ellos sabrán entender. Por lo demás todo mundo puede sentirse autorizado a identificarse con ellos, con o sin motivo.

SOBRE EL MÁS ALLÁ DE LOS OLVIDOS

En cierta ocasión, en lo más espeso de una noche insomne y desmujerada, se me ocurrió tratar de quitarle sus moños a un misterio que me inquietaba desde hacía días, o semanas, o meses quizá. Así pues, preparé todos mis sentidos, alerté a mi conciencia, empecé a respirar como ordenan los cánones. Puesto por fin en una especie de trance, encendí el pabilo de una vela y, una vez que mis ojos se acostumbraron al fulgor de la llama, comencé la indagación: ¿dónde comienza la oscuridad y dónde acaba la luz? O bien, si vemos el asunto colocados frente al espejo: ¿dónde comienza la oscuridad y dónde acaba la luz? Por supuesto, no llegué a ninguna parte, me quedé en las mismas y sólo le aumenté un motivo más de preocupación a los sueños de mi sueño.

Traigo esta cuestión a cuento porque algo semejante me sucedió ahora con Nukay, el canastito golondrinamente anudado de malicias e historias que Miguel Ángel Sánchez de Armas —astuto corazón boquiflojo que es él— le escamoteó a los estremeceres a las fantaseaduras de su alma y nos regala en forma de narración entre terrenal y milagrera, y además generosa y facilita de fluir y radiante y por si fuera poco plena de seducción y misterio cual muchacha que envuelve su mirada de crepúsculo y horizonte. Digo que me pasó algo semejante porque leyéndole sus inclinaciones y sus intimidades a Nukay —las cosas que ahí ocurren como en un paraíso que a veces está al derecho y a veces al revés, las pasiones que ahí se amarran y se desatan, los recuerdos que llegan sin avisar y tocan a la puerta, las hurañerías que despliega la vida y que la vida misma, convenciera y cositera que es ella, convierte en cariñosidades—, me agarré a preguntarme dónde empieza la imaginación y dónde la memoria o dónde acaba una y comienza la otra, dónde se encuentra la invención y dónde las resonancias internas de la nostalgia, hasta dónde llega la realidad inmediata, concreta y dónde principia la realidad literaria. Inutilidad pura, lo reconozco, ya que esto en el fondo y en fin de cuentas es lo que menos interesa. Lo que importa, en verdad, es que eso que inventó o que le dictó al oído la voz de la nostalgia, le per-

mitió a Sánchez de Armas crear, poner en el mundo de todos los días el mundo para siempre de Nukay —un Nukay que se restituye a sí mismo a la luz, que nace o retoma de la oscuridad después de tantos años de silencio y olvido.

La creación literaria es, quizá, una de las felicidades más intensas con que el destino nos puede regalar. Nukay, como se siente desde las primeras líneas, es un libro que tiene entre sus cualidades mejores y más significativas la de ser un libro gozoso, un libro que quiero creer fue concebido y escrito gozosamente, y que para fortuna de todos se lee de la misma manera gozosa. Alejado de modas y de ismos, tan corrientes en cualquier época, así como de los vestigios propios de los tiempos que vivimos, de los apresuramientos meramente descriptivos que empobrecen, adolecen y forran la insustancialidad las páginas de no poco de los que ofrece la literatura actual, Sánchez de Armas eligió para Nukay un camino en el que las representaciones evidentes, simplistas y groseras de la realidad ceden ante un ejercicio auténtico, único e intransferible de elaboración creativa.

A partir de este principio esencial, su palabra escrita echada a andar el juego de ida y vuelta de memoria y desmemoria, de casualidad y certidumbre con que constituye la historia personal, familiar, social mítica de los personajes (múltiples e insoslayables los que recorren la geografía mínima de Nukay), y también la historia de sus emociones y sus sentidos (cómo conocer a alguien si no sabemos y entendemos ciertamente lo que piensa, lo que siente); la historia del porqué de sus acciones, de lo que es amorfo en ellos y lo que les da forma (un sufrimiento, un rabito de esperanza, un ensueño); la historia de su estructura interna o de su desequilibrio; la historia explícita o en ocasiones no dicha de su relación con los otros, desde los seres más hondamente significativos en su vida hasta los que aparecen en ella de modo circunstancial; la historia de sus hábitos y sus lugares predilectos, las cosas que los rodean, las que les gustan, las que los incomodan, lo que necesitan, lo que rechazan, el conjunto de actos y sentimientos que hace a cada uno identificable e irrepetible y que sirva al escritor para rendir cuentas dignas y relevar para sí y para todos las claves secretas de un pasado que explica y de alguna manera modifica las arenas movedizas del hoy.

De este modo, luz que se hunde en la luz, Nukay captura y hace suya la poderosa relatividad del tiempo, la continuidad y discontinuidad del tiempo: el vasto, mágico y eterno retorno. Y Miguel Ángel Sánchez de Armas,

mediante el arduo pero infinitamente placentero proceso de la escritura, corrobora la firmeza de su vocación y la estatura de su talento.

Agustín Monsreal

Minas de Guadalupe

Regresé once años después de aquella carta de la Pájara que se quedó sin respuesta. Al ver de nuevo los cerros y el corte de la cañada, recordé las letras torcidas y el papel manchado de borrones. No sé por qué se les pasaron los días uno tras otro como liebres asustadas, hasta que se perdieron entre mis demás olvidos. Tal vez quise quedarme con la última imagen de Gerarda, la de cuando fuimos a ver la tumba de Cheo y lloramos al viejo. Lo cierto es que al estar de nuevo en Nukay la memoria de la carta de la Pájara se me vino encima.

Mezcala se puede decir que está cerca de Nukay, aunque el camino es tan difícil que nadie llega antes de cinco o seis horas. El pueblo está a la orilla de la carretera en el cruce del Balsas. Mucha gente se queda ahí, antes o después del puente, y entra a los pueblos de la sierra, que son tantos y de nombres tan bonitos, que una vez al *máistro* Fermín se le ocurrió una canción que comenzaba:

De Mezcala a Mazapa,
Dejé mis amores buenos...

Desde el puente hacia Mazapa, por el oeste, Nukay está como a las tres cuartas partes de la distancia, y la mina un poco antes, más al sur, en la parte alta de la sierra. El socavón arriba, y el pueblo abajo, a la salida de la cañada, frente al gran llano, estuvieron unidos por un tubo que bajaba el lodo desde los trituradores a los flotadores. Arriba, las cuadrillas del minero mayor Atilano Pérez rascaban los dentros del monte. Abajo, las del *máistro* Fermín le sacaban el oro al mineral.

La brecha sube y baja por entre paisajes que cambian como si la naturaleza se hubiera vuelto loca: tan pronto cruza llanos quemados y pelones, como bosques verdísimos o de árboles de hojas amarillas. Nukay está al salir de un paso muy angosto, el mismo que seguía el

Betote cuando iba al monte a buscar figurillas de barro. Por la derecha sigue a Mazapa y por la izquierda se arquea, luego vira brusco como si fuera a regresar, y termina a la vista de la tienda de Zagal. Ahí me quedé. No pude entrar al pueblo esa tarde.

Vi cómo por sobre el cerro aparecieron cuatro estrellas en hilera y en el lado opuesto, el que da rumbo a Mazapa, las nubes chuparon lo poquito de sol que quedaba y se pintaron de anaranjado fuerte.

Por la noche Nukay comenzó a salir de entre aquellos años. Casi escuché a los mineros jugar a las cartas sobre los tambos de querosén, y creo que pude ver el chisporroteo de los chacuacos en la planta de beneficio.

Caminé por la calle única cuando el sol se mecía en la primera aura de la mañana. Por la derecha ya no había casas y el camino se juntó con el llano. Al otro lado permanecían la iglesia y la escuela. Más arriba, algunas casas colgaban del cerro como lágrimas a punto de rodar.

El almacén se cayó, y en donde estuvo el comedor de la mina vive un hombre con sus puercos. Ahí Serena y Ernestina fregaron pisos hasta desgastar piedra y espalda; ahora sólo hay suciedad y mal olor.

Llegué a donde estuvo la planta de beneficio cuando la mina daba carretadas de mineral para los molinos. La calle que antes llegaba al portón se sigue por encima de los cimientos y tira al monte; también desapareció el cauce del paso de lodos.

A la entrada de la cañada donde la Pájara y el Médico se paseaban tomados de la mano, y Juanita buscaba leones, y el Diablo se les apareció a las hijas de Genovevo, ya nada más queda un dibujo en el suelo, como si algún gigante distraído hubiera arañado la tierra con un peñasco.

Recuerdos casi perdidos, al igual que la memoria de la mañana en que la mina despertó vieja y los ingenieros nos avisaron que la empresa cerraba. Así, sin ningún remordimiento o recato, como si no hubieran sido nuestros propios picos y palas los que agotaron aquella fertilidad.

Creo que lo más triste fue visitar de nuevo al viejo. Su tumba se hizo un montoncito de tierra con una cruz negra ladeada en donde apenas pueden leerse el nombre y las fechas. Me dije que no importaba, que mientras su memoria estuviera conmigo, o con la Pájara, o con Marciano, o con María Elena la de ojos de almendra, Cheo seguiría vivo, aunque en su sepulcro no crecieran las flores.

A la entrada del camposanto miré alrededor como un hombre en espera de un milagro. Todo estaba sordo y muerto, como las piedras que pisaba. Entonces me di cuenta de que ya nada tenía que hacer en Nukay, que nadie podría estar aquí por gusto, ni siquiera Zagal. Que nada volvería a ser igual y que tampoco iba a recuperar lo que del tiempo es irrecuperable; que ya no habría hombres que limpiaran sus lámparas de carburo en la palapa de Serena mientras llamaba el silbato de la mina, ni habría ya otros Betotes o Fermines o médicos, porque ellos fueron de un Nukay anterior a las máquinas que ahora entran solas al túnel, y cavan más adentro, y sacan más rápido el mineral, y encuentran la veta con aparatos extraños, y hacen más ricos a los dueños en menos tiempo, pero ya sin pasión, sin lágrimas o coraje, sin entrega, sin todo aquello que hizo de la mina algo de nosotros y a Nukay un lugar en el que todos dejamos embarrado un pedazo de nuestra vida.

Por eso no me quedé. Preferí que Nukay no me fuera diferente. Por eso nunca contesté la carta de la Pájara.

La Pájara

El sobre cubierto de sellos asomó bajo la puerta a media mañana, arrugado y polvoso como un viajero extenuado. El rocío matutino lo refrescó. Todo el día estuvo sobre las baldosas hasta que una mano lo tomó y una exclamación anticipó el desgarre del papel.

méxico junio de 194...

señor, pepenacho Garza

Mi siempre estimado Pepenacho la precente ba con el fin de saludarte y te digo lo siguiente, te digo que ya no estoy con el doctor por que era mucho lo que yo sufría oy vivo aqui harrimada con una Señora que me da travajo asta las 8 de la noche todos los dias y me esta enseñando a escrivir estoi muy bien y deceo que tu tanbien estes igual.

Te extraño mucho y quisiera verte igual que a Don Tilo y al Señor Sagal y te digo que me escrivas aqui con la Señora que es muy buena conmigo.

Gerarda.

Pepenacho leyó dos veces el pliego de papel rayado desde donde la Pájara le hablaba. ¡Así que estaba en la capital! ¿Cuánto tiempo había pasado desde que la vio por ultima vez en Nukay? Más de dos años. Sí —contó los meses con ayuda de los dedos—, poco más.

Salió al patio con la carta en la mano y se tumbó en el pasto. Revisó el sobre y rehizo su camino por entre los matasellos y las anotaciones de las oficinas postales: "*Tlalpan, D.F.*" "*Estación reexpedidora no. 6*" "*Foráneos*" "*Recibido Iguala*" "*Reexpedido*" "*Servicio postal*

rural oficina Mezcala" "Minas de Guadalupe, S.A. —Correspondencia y archivo" "Nuevo domicilio del destinatario:..., reexpídase" Monterrey, N.L. —Correos"

Leyó la carta nuevamente. Esos trazos torpes, gruesos, de lápiz mal afilado y mano empujada a pura voluntad, lo enternecieron. ¡La Pájara estaba aprendiendo a escribir! Se dio media vuelta sobre el pasto y bocabajo se puso a recordar: la Pájara, Cheo, Atilano, el Cenizo, Zagal, el Betote...

2

—Si Cheo resucitara te volvería a buscar.

—¿Tú crees?

—¿A poco no? Si estaba chiflado por ti el pobre. Lástima ¿Te molestaba mucho?

La Pájara no respondió. Después de un momento dijo:

—Pepenacho. ¿crees que Cheo lo haya hecho a propósito, como para irse de aquí?

—No entiendo.

—Sí, como cuando no sabes qué hacer porque algo te tiene muy triste, y dices: "¡Ay, ojalá me muriera!". A lo mejor le pasó a Cheo, ¿no crees? —dijo la muchacha mientras su mirada recorría la penuria del camposanto en cuya entrada ella y Pepenacho conversaban—. Porque hay cosas... que a veces se sienten tan, pero tan pesadas, más que los fierros esos de la planta, más que... más que esas piedras que les ponen encima a los difuntos, y entonces uno quisiera morirse.

También a Pepenacho se le había ocurrido la idea de que no hubo tal accidente. Cheo andaba muy triste, muy triste. ¿Qué tanto descuido voluntario pudo necesitar para calcular menos de diez segundos a la mecha del cartucho? El único expuesto era él, los demás estaban parapetados. Pepenacho no podía saber, pero en el fondo estuvo de acuerdo con Gerarda.

3

Todos se hicieron cruces al verla llorar con tanto sentimiento en el entierro de Cheo. En el novenario se sentó en la primera banca de la iglesia, donde Refugio debía estar y escandalizó a las beatas.

El chisme peregrinó por Nukay: que si la Pájara y Cheo siempre sí, que si Refugio y Cheo antes no, que si esto, que si lo otro, que si lo de más allá...

Semanas después, un domingo, las murmuradoras tuvieron fiesta: la Pájara y el médico desaparecieron juntos. Y como si eso no hubiera bastado, poco tardó en llegar la noticia de que el hombre había sido metido a la cárcel de Chilpancingo.

"¡Dios castiga sin palo ni cuarta!", murmuraron aliviadas las señoras de negro.

4

Todos los días, a las seis y media de la mañana, la Pájara preparaba el desayuno del médico, empezando por el café que debía ser fresco, de grano molido sin azúcar, no muy cargado y bien caliente. El doctor lo tomaba en cama para acabar de despertar, antes de lavarse con agua tibia en la jofaina que la Pájara colocaba inmediatamente después del café.

Era un hombre joven —no llegaba a los treinta—, de mediana estatura, fornido, y facciones morenas en un rostro oval. Había sido dirigente en el movimiento del 36 y el único que se opuso al arreglo con las autoridades, y de líder pasó a perseguido. En Nukay vivía de una iguala que le daba la empresa para medioatender a los trabajadores. Llegó cuando su nombre estaba en las listas negras de todos los hospitales y comisarías del estado. Se ganaba la vida atendiendo en los ranchos de la sierra mientras amainaba la tormenta. Tuvo suerte. Por el salario tan bajo y lo lejos de Nukay, el gerente de la mina lo contrató sin averiguaciones. Ni siquiera los datos falsos le pidió. Cuando buscó quien le cuidara casa, Serena recomendó a Gerarda, la Pájara.

5

—¡Ya déjame, doctor, voy a llegar tarde! Luego las muchachas me ven raro, y doña Serena me regaña —exclamó con un dejo de coquetería en la última frase.

—¿Ya no te gusto, Gerarda?

La respuesta fue un mohín. Gerarda se desprendió sin dificultad de los brazos que rodeaban su cintura y fue a verse en la media luna. Entrecerró un poco los ojos y ladeó la cabeza, se acomodó el pelo y quedó satisfecha de lo que el espejo le dijo. Frunció el ceño y salió a la calle.

No iba contenta. Las ganas de abandonar Nukay le pesaban como cangalla en el vientre y no tenía la seguridad de que el médico quisiera llevársela.

La muerte de Cheo fue para Gerarda como el abrirse un boquete en la mina: sensación explosiva, violenta, en cuya resaca le llegó un rayo de luz. Durante meses se burló del viejo, y bastó un instante para comprenderlo. También él, a su manera, había querido huir, y Nukay lo fue orillando a la única salida que se le podía conceder.

En el entierro Gerarda lloró por ella, y durante el novenario sus rezos pedían la gracia de un escape. El décimo día decidió entregarse al doctor y obligarlo a llevársela lejos. "¿Irme yo sola?", pensó. "¡No, qué sería de mí!"

6

Zagal preparaba el camión para ir a Chilpancingo por mercancía cuando la Pájara se aproximó en un contoneo.

—Doña Serena quiere cosas para la cocina, pero que las escoja yo, porque dice que usted no entiende de sartenes y cazuelas y luego nos trae puras porquerías —gorgoriteó la muchacha—, y me dijo que fuera con usted.

—¡Treinta años en este negocio, y las cosas que tengo que aguantar! —murmuró el tendero, mientras acomodaba a Gerarda en la cabi-

na. El doctor se deslizó a la parte posterior y se ocultó entre las cajas vacías.

En Chilpancingo los pasajeros desaparecieron mientras Zagal buscaba al velador de un almacén. A su regreso creyó que la Pájara andaría curioseando escaparates o habría ido a la catedral —a media cuadra de distancia. Por la noche se dio cuenta del engaño. Lo que no pudo imaginarse fue el llanto de Gerarda y el sueño del médico en el cuarto de un hotelucho muy cerca de la bodega.

7

¿Así que esto era de lo que tanto tiempo me estuve cuidando? Sería por el dolor, pero yo no siento como dicen Serena y las muchachas que siente una al tener hombre. Ya son muchas veces —la imagen del espejo adquirió un tono carmín en las mejillas— *y nada más me duele y arde... ¿Estaré mal?*

Fue a recostarse en la cama del cuartucho. Hacía un mes que estaban viviendo ahí gracias a un antiguo correligionario del doctor.

Estoy igual que antes, pensó. *El doctor me tiene peor que si fuera su esposa. Tengo que liberarme otra vez.*

El médico llegó entrada la tarde. Iba borracho y quiso llevarla a la cama.

Gerarda se opuso.

—¡Cuándo nos vamos! —exigió en un tono de voz que hizo rodar por tierra el deseo del hombre.

—¡Otra vez a joderme! —gritó el doctor—. ¡Carajo, estamos aquí por tu culpa, por tu necedad, atenidos a un hijo de la chingada que me hace el favor para obligarme a dar las nalgas al gobierno, y aparte tengo que aguantarte a ti! —caminó manoteando por el cuarto. La luz del atardecer se arrastraba por el suelo, y daba a la habitación una calidez engañosa—. De haber sabido no salgo de Nukay —continuó el médico con rencor—. Por lo menos allá estaba tranquilo. ¿Sabes qué me pidieron hoy? Que me presente a la autoridad y declare que estuve equivocado en el movimiento, que fui engañado por "los enemigos

del sistema" —agregó acercándose a ella—. Pero los mandé a la chingada, y si no me han delatado es porque piensan que tengo mujer y que quiero vivir tranquilo —se cubrió el rostro con las manos y guardó silencio.

Gerarda no se dejó intimidar. Reinició su ataque por otro camino:

—Tú dijiste que nos íbamos a México. Allá nadie te conoce, es un lugar seguro. Puedes poner un consultorio y ganar mucho dinero, por lo menos más que en Nukay, o que aquí, que ni trabajar te dejan. ¿No quieres que tengamos una casa, algo nuestro?

La respuesta fue más violenta de lo que la Pájara se pudo haber imaginado.

—¡Quién crees que soy, pendeja! —gritó enfurecido el Médico al tiempo que con la diestra cruzaba el rostro de la Pájara. Salió del cuarto azotando la puerta.

Cuando las lágrimas se secaron la Pájara se miró de nuevo al espejo. Una mancha violeta comenzaba a reptar sobre la mejilla y el ojo izquierdo. No pensó más. Hizo un lío sus cosas y salió rumbo a la estación de camiones. En el trayecto pasó frente a un evangelista. Una idea le cruzó la mente. Deshizo el camino, entregó una moneda al hombre y dictó:

El doctor que buscan está aquí en Chilpancingo, en una casa de la calle Vicente Guerrero, en la puerta verde frente a un estanquillo que se llama Mi Esfuerzo, en el último cuarto del fondo. Está solo.

Luego preguntó por la comisaría. Hallándola, sacó un diez del bolso, lo dio junto con el papel doblado a un muchacho y desde la esquina lo miró entrar al cuartel.

Después se fue a paso rápido a la terminal.

Cheo

Desde la semioscuridad del almacén de piezas menores, Cheo vio pasar a la Pájara. La muchacha iba en dirección al comedor, muy seria, con una olla grande entre las manos, de la que escapaba un vaporcillo apenas visible en la luminosidad del mediodía.

—¡Adiós, Pajarita!

El saludo como gañido destemplado hizo vacilar a la muchacha y la detuvo. Volvió la mirada y después de un rápido ojeo al interior de la pieza respondió al reclamo del anciano con los dientes al aire y la lengua de fuera.

—¡Viejo baboso!

—Ahoritita voy a comer, Chula —continuó Cheo como sin nada—. Apártame un buen plato de lo más sabroso...

Una risotada burlona fue la respuesta, y la muchacha desapareció. Cheo volvió al interior. Pepenacho.

—¡Escuinclita de porra! —exclamó Cheo—. Mejor me apuro, porqués capaz de dar el doble a todos y dejarme sin comer. Malosa... ¿verdad, Pepenacho?

El joven restiró los labios hacia las orejas, se rascó la nuca con fuerza, como queriendo desenterrar alguna idea, y al cabo respondió con otra pregunta:

—¿Hablaba usted de un favor?

El anciano se sonrojó. Comenzaba a insinuar que Pepenacho podría hacerle un servicio, cuando la aparición de la muchacha lo distrajo.

—Esque... no quisiera hablarlo así nomás, ¿sabes? Es algo propio...

—¿Quiere platicar mientras comemos, Cheo?

—¡No, no! Gracias. Esque... ¿por qué mejor no nos miramos en la tienda a las ocho?

—Como usted quiera.

Se despidieron sin darse la mano. Pepenacho cerró la puerta y se fue a la parte trasera del almacén.

Por la noche llegó a la tienda poco después de la hora convenida. Encontró a Cheo curioseando una partida de naipes en el corredor, al fresco del sereno.

Entraron y se acomodaron al extremo del mostrador, junto a unos costales de maíz. Zagal les arrimó refrescos y cigarros. Cheo mezcló aguardiente en las botellas.

Durante unos instantes cada uno se sumió en sus pensamientos. Cheo se arremolinó en un costal y aspiró con fuerza el aroma de la tienda —caldo de olores punzantes de hierbas, granos, sebo de velas, aceite y piel mal curtida, mezclado con murmullos y exclamaciones de los jugadores— y se dejó arrastrar por la imaginación hasta su antigua casa. Pensó sin rencor en Refugio. Una sonrisa le hirió el rostro y entre sus labios aparecieron los restos de dos hileras de dientes.

Pepenacho también recordaba a Refugio, aunque de manera distinta. Al ver a Cheo con los ojos cerrados, confundido el pelo amarillento de su cabeza con el yute del costal, y esa mueca en el rostro de papel estraza arrugado, tuvo un momento de coraje. No es que no pudiera comprender los motivos de Refugio, atada a un hombre dos veces su edad y seco como guayule, pero ¿alguien la había obligado a dejar la tienda de su padre en Mezcala para seguir al minero? No, nadie. El puritito miedo a la soledad, se imaginó. Y luego Cheo. Pepenacho le tenía más que amistad y le molestaba verlo convertido en el hazmerreír del pueblo desde que Refugio lo echó para meter al mecánico ése a su cama. Después de la afrenta, Nukay se preparó a ver correr sangre; Melesio se dijo listo para enfrentar las consecuencias como hombre, pero Cheo se dedicó a beber y a dar lástima. Se instaló en un cuartito en la parte alta de Nukay; semanas después seguía ahí como si nada hubiera pasado, fingiendo no escuchar las burlas, los

insultos y las agresiones mal disimuladas. Pepenacho hubiera podido entender que el viejo no buscara venganza, ¿pero quedarse en el pueblo? Eso no.

Cheo abrió los ojos. Durante algunos minutos hablaron de la mina. El viejo confió que en ocasiones veía de lejos a Melesio y se las ingeniaba para no toparse con él. Pepenacho evadió el tema: se había hecho la promesa de no agregar curiosidad a la burla y al desprecio de Nukay para el viejo.

—¿Qué me quería decir, Cheo?

Este se sonrojó por segunda vez en el día. Carraspeó. Dos hilillos de humo escaparon por las ventanas de su nariz y se diluyeron entre los olores de la tienda.

—Mira, Pepito —comenzó—. Tú puedes ayudar a que me quiera...

El otro se puso en guardia.

—...tú escribes bien, Pepito, y yo pensé que si micieras una, dos cartitas, así, con esas cositas que les gustan a las viejas, que tus ojitos, que tu boquita —mentiendes, ¿no?—, es como si yo mismo se las dijera a la oreja...

Pepenacho lo interrumpió.

—¡Pero, Cheo! ¿No ve que ella no quiere nada con usted? ¡Si apenas lo ve se echa a correr! Déjela en paz; usted es demasiado viejo para ella.

—No, Pepito, si sí me quiere, nomás que le da pena. Órale, escribe una cartita bonita y se la mandamos con el Cenizo mañana mismo.

El ayudante del almacén se sintió incómodo e irritado. A unos cuantos pasos, varios mineros escuchaban mientras fingían examinar un machete. Ya habría otro motivo para burlarse de Cheo.

—Más vale que se olvide del asunto, Cheo. Ella no le va a hacer caso, ¿entiende? Usted es un hombre viejo y ella apenas una niña. Además usted ya fue casado... y tiene por ahí unos pendientes. No le busque, Cheo, deje en paz a la muchacha. Mejor consígase otro trabajo en algún mineral lejos de aquí donde pueda rehacer su vida. Váya-

se a Real del Monte, o a Nueva Rosita. Si usted quiere que le escriba cartas, puedo mandarle una a mi tío para que lo ayude a colocarse allá en el norte.

—Mira Pepito, te voy a decir una cosa: a lo mejor lo de las cartitas no resulta, a lo mejor tienes razón, porque ella no sabe leer. Pero mira, te voy a decir otra cosa: yo sé questás juntando pal regreso a tu tierra. Te voy a regalar diez pesos si tú me la convences, Pepito. Diez pesos si la buscas y le hablas de mí. A ti sí te hace caso...

No concluyó la frase. El muchacho se puso de pie y casi arrastra a Cheo fuera de la tienda. Al cabo de un buen trecho lo encaró.

—¡Esto es el colmo, Cheo! ¿No le da pena hacer el ridículo? ¿No le importa que se rían de usted? ¡Todos dicen que es usted un viejo burro, que además de que le quitan a la vieja anda por ahí oliéndole el culo a las niñas! Va a disculpar que le hable así, Cheo, pero si usted no se va a quitar esas ideas pendejas de la cabeza, por lo menos no me quiera meter en sus líos. Entiéndalo, Cheo, ¡la Pájara nunca, nunca, se va a fijar en usted!

Estaban frente a frente. Se miraron largo. El viejo sacó sus cigarros, prendió uno sin apartar la mirada del rostro de Pepenacho, arrojó la llamita y suspiró. Pepenacho comenzó a arrepentirse. "Soy un hocicón", pensó.

—Mira —dijo Cheo, mientras lo invitaba a seguir caminando con el movimiento de su cuerpo—. Mira, Pepito, yo malicio lo que dicen, y sabes que te tengo ley porque tú no eres desos, pero... —se detuvo y marcó sus palabras con un tono grave— toy seguro que la Pajarita sí quiere conmigo. Te...

—¡Cheo, Cheo, cállese por favor! ¡Le voy a decir otra cosa, para que entienda! —gritó Pepenacho—. ¡Todo mundo sabe que a la Pájara se la está dejando ir el Médico. La Pájara va a su casa a diario dizque para atenderlo, y ahí se las da! ¿Pues qué no tiene usted ojos y oídos, Cheo?

El viejo detuvo su camino y dio una fumada al cigarro. Un brillo rojizo se agregó a la luz blanca de la luna y destacó las facciones pe-

rrunas del rostro en donde los párpados a medio cerrar no lograron ocultar una gran agitación en el interior de la cabeza.

Pepenacho lo observó en silencio. Seguro de que había entendido, se prometió escribir a Nueva Rosita para buscarle a Cheo una colocación en aquel mineral.

Cheo se despidió con un ademán. Dio media vuelta y a mal trote tomó calle arriba en dirección al comedor. Pepenacho encogió los hombros, miró al cielo, vio que era temprano y regresó a la tienda con ganas de echarse unos tragos.

Mientras avanzaba chupando el cigarro, Cheo hacía esfuerzos por entresacar algunas ideas del revoltijo que le daba vueltas en la cabeza. Pensó de nuevo en Refugio, pero esta vez su imagen le repugnó. Ni siquiera pudo fijar un simulacro de venganza por el agravio de Melesio. Sólo la Pájara, la Pajarita con sus risas de burla y su mirada esquiva, ocupaban el vacío que en esos momentos sentía en todo el cuerpo. Se detuvo junto a una ventana del comedor. Ya no había clientes; las muchachas terminaban la limpieza. Sus ojos siguieron un buen rato a la Pájara y la imaginó en su cuarto, muy asendereada, preparándole la cena a las ocho de la noche. Entonces lo tuvo claro.

Desanduvo aprisa el camino a la tienda; llegó, se abrió paso entre los mineros y al divisar a Pepenacho vociferó:

—*¡Si yo sé ques mujer... y al cabo que ni la quiero nueva!* —y por primera vez, su mirada se hizo desafío. Decenas de pares de ojos (y uno que no tenía pareja), siguieron su retirada en silencio, sorprendidos.

Tras la sorpresa el barullo resurgió con mayor animación. Esa madrugada todas las manchas de las paredes, todas las sombras, todas las grietas de la madera, todos los costales de semilla, y los machetes, y las velas, y las latas, y cada uno de los insectos que pululaban en la tienda de Zagal, supieron de la escandalosa historia de los amores de Cheo.

El huesped

Sucedió durante el verano en que tronó el motor grande del molino y la planta y la mina pararon. A Cheo le llovió en su milpa hasta que se le inundó. Igual que esos perros que entre más entecos parece que más pulgas críän, así andaba el hombre. Y él mismo lo platicaba, porque ya pasado todo, hasta risa le daba.

El desperfecto ese puso de cabeza a Nukay. Por la tarde empezaron las juntas. Que si la coraza del motor podría repararse, que si la reembobinada sólo en México o acaso en Monterrey, que si mandar por uno nuevo a Tejas que para eso estaban los socios gringos, que si los mexicanos podemos solitos sin ayuda de nadie... que… que…

El ingeniero—gerente se atusaba los bigotes colorados —tiesos como cerdas de cochino— mientras los ojos saltones y deslavados como aceitunas en salmuera, echaban chispas. A su lado, el administrador empequeñecía la mirada sapuna mientras chorros de sudor abrillantaban su piel negra, escurrían por unos cachetes en forma de media pera y se juntaban en el repliegue de una papada inmensa en donde los absorbía un paliacate.

—La cosa está dura, ingeniero Zacatera —lamentó el encargado de la casa de máquinas—. Definitivamente hay que traer las piezas; no tienen reparación posible, por lo menos en nuestro taller. Además, con esta gente tan...

—¡Bruta! —intercaló Zacatera.

—...pues el trabajo va a tardar, y francamente con poca garantía.

El ingeniero manoteó en la mesa y dictó instrucciones como golpes de martillo hidráulico:

—Del sindicato se encarga mi compadre Debalde, que para eso es el de la lana. A ver —espetó—, te comunicas de inmediato al nacio-

nal con aquél y le explicas la situación. Queremos un arreglo, no pláticas, ni emplazamientos, ni prehuelgas, ni nada de lo que les encanta a los picudos éstos. Del fondo confidencial hay que sacar lo que sea necesario. Mejor dile que venga, para que nuestros locales no vayan a querer pasarse de listos. Ofrécele a cambio resolver el asunto de los despedidos: a eso le va a sacar diez veces más jugo...

Al día siguiente los jefes y los meros meros del sindicato local y de México estuvieron metidos en las oficinas, ¡y por la tarde se supo que todos los trabajadores habían consentido en no cobrar mientras la empresa estuviera parada!

Pronto hubo más muina que dinero, y Zagal tuvo que abrir otra libreta para las cuentas fiadas.

Por las noches en el corredor de la tienda todo era grima y quejido. La gente razonaba que el sindicato tenía obligación de pagar los salarios, que para eso servían las cuotas que descontaba cada semana.

—¡A ver! —gritó el fogonero—. A mí me tumban cuatro sesenta y cinco desde hace más de tres años. Eso da... Pepenacho, ayúdame a sacar la cuenta... son... son... ¡más de setencientos pesos, hijos de la chingada! ¿A poco no me pueden pagar mis semanas de paro?

Don Tilo llegó y examinó uno por uno a todos los presentes. Así estuvo un buen rato, viéndolos, como preguntando a ver quién de verdad tenía más pantalones que hocico, pero nadie dijo esta boca es mía. El minero mayor se rió y con ese su cariño golpeado con el que se dirigía a los amigos aconsejó:

—No sean pendejos. Si de organizarse se trata hay que entrarle con inteligencia... y con güevos, no en asambleas de cantina con un vaso de aguardiente en la mano. No hay que hablar por hablar.

Todos se espicharon, y más después, cuando se corrió la voz de que Tilo fue el único que a fin de cuentas se enfrentó al secretario local.

—Nadie va a morir de hambre, mi querido minero mayor —dijo el líder mientras se limpiaba con mucho cuidado un diente de oro—. No se preocupe. Lo más que va a pasar es que la gente se endeude.

¡Qué le vamos a hacer usted y yo! Créame que por mí las cosas serían diferentes, pero resulta que ahora los dueños se apalabraron con el nacional y con el gobierno del estado. Así que ni hablar.

Tilo miró al hombre con una mezcla de coraje e incredulidad.

—¿Entonces no puedes hacer nada?

—Bueno, de poder, si podría. Podría por ejemplo llamar a una asamblea, darle chaquetazo al nacional, poner las banderas, organizar el comité de huelga ¡y hacerme un pinche héroe del proletariado! Todo dentro de la ley. Pero también allá en México los del nacional podrían hacerse de la vista gorda cuando la tropa llegue, nos saque a balazos y bayonetazos, desaparezca a dos o a tres cabrones, ponga a un nuevo secretario local... y a otro minero mayor. ¿Cómo la ve desde ái?

Tilo no tuvo más remedio que reírse de coraje.

De regreso a la planta estuvo meditando el asunto. En la tarde pidió ver al ingeniero—gerente y sugirió que se contratara a la cuadrilla de Melesio Morales, de la maestranza de Real del Monte. En su experiencia eran los únicos que podrían acelerar la reparación. Zacatera pidió detalles, cuchicheó con Debalde, hizo cuentas, habló a México, y cuarenta y ocho horas después, Melesio Morales y sus ayudantes bajaban de una camioneta frente a la tienda de Zagal.

Junto a otros parados, Cheo los miró sin interés. ¿Así que esos eran los fregones de Pachuca? Pues no le parecían gran cosa. Ya regresaba rumbo al mostrador cuando oyó preguntar por la casa de visitas y rápido desanduvo sus pasos: en Nukay no había casa de visitas, los mecánicos tendrían que acomodarse con los vecinos, pagando por supuesto. Cheo se acercó al grupo con un gesto servil.

—¿Ustedes nunca hanstado aquí, verdá? Ora los llevo a la oficina, allastá el minero mayor con el ingeniero Zacatera y el señor Debalde. De paso entérense que aquí se acostumbra ofrecer acomodo con las familias. Yablarán con don Tilo, pero les aviso quen mi casa puedo dar cama y comida a uno —barboteó Cheo con la dificultad de quien habla y al mismo tiempo quiere sacar cuentas sin tener destreza para

ninguna de las dos cosas.

Esa noche Melesio se instaló en la casa de Cheo. Traía pocas cosas: alguna ropa, herramientas pequeñas, un par de manuales muy gastados, y un libro. El mecánico era alto y recio, de pelo entrecano, tez oscura y profundas líneas en la frente y a los lados de la boca, como los grabados en piel que venden por el rumbo de Iguala. Al ver que le dejaron el dormitorio y que el matrimonio se había mudado a un catre, dijo en una voz bien cortada mientras tomaba asiento a la mesa:

—Para que se molestaron. Voy a pasar mucho tiempo en la planta. Lo que sí le voy a pedir, señora —añadió—, es almuerzo fuerte, porque de otra manera no aguanto a la comida. El trabajo es muy pesado.

Refugio asintió acercando dos veces la barbilla al cuello. Cheo se deshizo en elogios de la cocina de su mujer. Ni frijoles negros mejor meneados, ni chile rojo con puerco más sabroso podrían encontrarse de este lado de Chilpancingo. Melesio estuvo de acuerdo.

El paro se prolongó casi una quincena. Un domingo en la tarde concluyeron las pruebas de la reparación, y el tercer turno arrancó a las ocho de la noche.

A Cheo en el fondo no le hizo mucha gracia, pero al día siguiente se consoló al saber que Melesio el mecánico se quedaba en Nukay como jefe de mantenimiento de la mina, y como huésped pagado en casa de Cheo en tanto conseguía habitación propia.

Cheo descubrió las ventajas del tercer turno. Sólo por excepción se usaba dinamita de noche y el barrenero podía escabullirse con relativa facilidad y pescar un coyote en el entrepiso. Y durante el día, más tiempo —y gracias a la renta de Melesio más dinero— para el trago y la plática. Cheo arregló con el rayador que no lo rotaran por unos meses.

Melesio no iba a los juegos de cartas; prefería dormir temprano. Patrón y huésped se encontraban con frecuencia en la puerta de la casa, platicaban unos minutos y se despedían. En la cocina, Refugio hacía tiempo para servir la cena al mecánico: Cheo la tenía bien alec-

cionada, no deseaba que Melesio le fuera a correr prisa con lo de su casa.

El mecánico cenaba con el libro abierto a un lado.

Una noche Refugio se atrevió a preguntar:

—¿Qué es eso?

Sorprendido por el brusco rompimiento de la quietud, Melesio respondió con la mirada.

—¿...?

—Que qué es eso... lo que lee.

—Es la historia de un loco que se creía caballero andante.

—¿Qué quiere decir "caballero andante"? —replicó Refugio ojeándolo con aire desconfiado.

—Unos hombres que hace muchos años andaban por ahí ayudando a los demás. Este libro me lo regaló mi viejo; era un hombre que sabía muchas cosas. Si quiere se lo presto

—No sé leer.

—Entonces, yo le leo. ¿Quiere?

Refugio se sentó a la mesa y apoyó el rostro en el hueco de las manos.

El día de raya Cheo estuvo bebiendo en la palapa de Serena hasta la hora del turno. Con la mirada gacha y la boca bien cerrada, se coló sin que el supervisor notara que iba tomado. Camino al túnel los compañeros le aconsejaron irse, pero sintió que era cosa de honor no hacerlo. En la galería principal perdió el equilibrio y fue a dar de bruces sobre un montón de cangalla. Las palmas de las manos, que no alcanzaron a amortiguar la caída, y la frente, que la detuvo, quedaron tasajeadas por cientos de filosos pedruzcos. Cheo llegó a su casa cerca de las dos de la mañana, con un turbante de vendas en la cabeza y mitones de lo mismo en ambas manos.

Hacía mucho frío. Apoyo el hombro en la puerta con cuidado y la abrió sin hacer ruido. La piel se le enchinó nada más de pensar que Refugio se pondría furiosa al verlo. Demoró más de dos minutos en entrar. Y le sobraron para imaginarse lo que le esperaba. Cerró la

puerta y se escurrió cerca de la pared. La única luz era la de la veladora del Sagrado Corazón.

Al cuarto o quinto paso se acordó de que él era el jefe de la casa, el señor, y vendas o no, problemas en el trabajo o no, tenía derecho de llegar pateando la puerta si ése era su antojo, y además exigir cena, aunque fuera de madrugada. Estuvo a punto de gritarle a su mujer que se levantara a atenderlo, mas lo pensó mejor. "No", se dijo. "Paqué meto escándalo ora, si al huésped hay que cuidarlo, no molestarlo, no vayaser que se vaya. Total, ni hambre tengo..."

Llegó al catre pisando como gato y a tientas encontró una orilla para sentarse. Dentro de su cabeza, de una oreja a otra, saltaba como luz de arco una corriente de dolor sordo y sentía punzadas amargas en los músculos de la quijada.

Al recostarse se dio cuenta de que Refugio no estaba en su lado y al mismo tiempo reparó en un susurro que desde hacía minutos le daba vueltas por los oídos, acercándose y alejándose. Ladeó la cabeza. El *bss bss* venía del fondo, de atrás de la puerta cerrada de la recámara.

En un instante ya no hubo dolor. Olvidó que tenía los puños cubiertos de vendas. La garganta se le cerró apenas un segundo antes de dar paso al grito que ya le rompía los pulmones.

El macollero

1
MECHE

Chiquita y risueña. Con cuatro hijos grandotes, gracias a Dios, todos en la mina, buenos muchachos, muy cariñosos, Dionisio casi un santo, siempre pendiente de que nada faltara en casa, buen provedor.

Llevó a la mesa una cazuela con guisado y un cajete de tortillas recién echadas. Titubeó antes de dirigirse a su marido.

—Nicho...

—¿Qué hay?

—Estaba pensando... vi con Zagal una tela bonita y rebarata. Ya casi no tienen camisas tú y los muchachos, y bueno...

—¿Y bueno qué? —río el hombre—. ¿No habrás visto de paso también una telita para un vestido?

—Pues la verdad, sí... pero las camisas... ya ves que los muchachos están en edad de presumir.

—¡Eso, chaparra, por eso me gustas! —exclamó de buen humor Dionisio. Tomó las manos de su mujer entre las suyas—. La semana entrante me pagan unas extras. Ve por las telas y que las apunten. ¿Está bien?

Dionisio salió a la mina a mediodía, con tiempo de sobra para el cambio de turno vespertino. Encontró a sus muchachos en el vestidor. Tres de ellos iban a la palapa a tomar cerveza, y el mayor estaba indeciso.

—Se quiere ir pal pueblo —informaron sus hermanos—. ¡Hay una chaparra que le gusta!

Dionisio les dirigió una sonrisa.

—Bueno muchachitos, ándenle. Procuren no llegar muy tarde, que

su madre se quedó preparando un chilmole.

El mayor estaba a la vista de la casa cuando sus hermanos lo alcanzaron.

—¿Cómo te fue?

—¡Qué bárbaro, hiedes a perfume! A mí se me hace que...

—Deja una pollita, gavilán.

—No sabrían qué hacer con ella. Apúrenle, que ya tengo hambre. Oigan, alguien está saliendo de la casa.

La figura de un hombre se recortó a contraluz junto a la puerta un instante y desapareció. Los muchachos apresuraron el paso.

Al llegar, un momento de confusión, y un grito repartido en cuatro gargantas:

″¡Mamacita! ¿Qué te pasó, mamacita?

El mayor tomó la escopeta del ropero y salió corriendo. Nada. Ni algo de polvo que indicara por dónde se había ido el hombre aquél.

2
LA VIUDA

La rogación de lluvia terminó a las siete y media. Las mujeres platicaron unos minutos en el atrio y se fueron por el polvo de las calles de Nukay.

La Viuda acompañó a Guadalupe hasta la tienda de Zagal y de ahí siguió a su casa. Era una noche cerrada, pero sus pies conocían el camino. Pasó frente al almacén y torció a la derecha. Desde el huerto el aire traía la frescura de los limoneros.

Cerca de su casa, la Viuda sintió pasos a sus espaldas y se volvió.

—¿Quién anda? —preguntó a la oscuridad sin alterarse. No hubo respuesta. Reanudó el camino. En la puerta de la vivienda escuchó un movimiento entre los matorrales que crecían junto a la barda y atisbó por sobre el hombro. Nada se veía. “Es un burro que anda suelto”, murmuró para sí.

Al abrir, unas manos la prendieron por la espalda y la arrojaron violentamente al interior del cuarto.

3
EPIFANIA

Ni en sueños se hubiera atrevido a preguntar. No a su mejor amiga, tampoco al cura ¡Santo Dios no!, *aunque dicen que de todo sabe*. Y menos al doctor... el doctorcito que le quiso quitar la ropa cuando fue al dispensario con un dolor en "ese" lugar. ¿Doña Serena? Ella conocía todo lo de las mujeres, y además preparaba tés, pero... *No. Estoy loca, Abel tiene razón, nomás ando inventando cosas.*

Secó el último plato y se quedó pensativa frente al montoncito de loza fresca. Pensar: eso le gustaba. Imaginar cosas, hacerse preguntas aunque no hubiera quién le diera respuestas. Por eso no le importaba quedarse sola cuando Abel salía a Chilpancingo por refacciones. Esos días se acostaba tarde. Tejía, bordaba, pensaba, siempre pensaba.

Es igual que mi papá y que mis hermanos. ¿De dónde habré sacado que él sería diferente? Tiene razón, pues. Los hombres quieren a la mujer en su casa. Pero no es justo, porque cuando ya la tienen se olvidan de todo lo que hicieron para conseguirla. Y ellos sí pueden andar por ahí y hasta tener otras, pero una... Se abrazó y contuvo un suspiro. Fue a sentarse a la cama. *...nada más aguantarse... ¡joderse, pues!* "Ya estuvo bien Epifania", se dijo en voz alta. "¡Estás loca, mujer!"

Regresó a su silencio.

¿Y qué que me guste inventar cosas? El tiene su trabajo, anda en la calle, va a Chilpancingo... Luego llega aquí a comer y a dormir. Ya ni siquiera... Sintió un violento rubor y un calosfrío le recorrió el cuerpo. *...ya ni siquiera me besa... como antes. Todos dicen que a las mujeres no nos importa "eso". ¿Estaré loca? Cuando me tiento y pienso en Abel... Si me tiento... ¡Es pecado!... Me tiento... Abel... ¡Mi vida!... Pecado... ¡Abel!... pecado... pecado... ¡pecado!...*

La puerta se abrió con un chasquido del mecate que la emparejaba. Epifania juntó instintivamente las rodillas y encogió todo el cuerpo.

——¿Abel?

4
ROSARIO

Se acercó a la ventana y oprimió la nariz contra el cristal. Una luz fría iluminaba el patio y el follaje del árbol temblaba en el viento. En la esquina contraria estaba el cuartito, con la puerta abierta como un brazo a punto de desprenderse.

Nadie se atrevía a merodear por ahí, no con la casa de Segundo a unos metros. El compadre era hombre de machete y pistola y estaba al pendiente de ella. Podría gritarle que necesitaba salir... pero le daba mucha pena.

"Voy", se dijo. "Ya no aguanto."

Quitó la tranca y se asomó antes de poner un pie fuera. Atravesó rápido el patio, ajena al resplandor de la noche. Entró al cuartito, y no tuvo tiempo de gritar.

5
LOS MIEDOS

Parado sobre una silla frente al mostrador, el minero mayor Atilano Pérez intentaba calmar los ánimos de una horda de trabajadores enfurecidos.

Zagal golpeó la madera con un fierro y gritó:

—¡Cállense, con un carajo! Oigan a don Tilo. ¡A callar, dije!

Poco a poco el alboroto se transformó en un murmullo sordo.

—¡Miren compañeros! —comenzó Atilano—. La cosa está difícil y tenemos que organizarnos. Yo propongo dividir el pueblo en seis cuarteles y poner rondines de tres hombres en cada uno por las noches, hasta que caiga ese macollero desgraciado...

—¡Y lo colgamos de los güevos! —rugió una voz.

—¡Lo fusilamos en la cañada! —exclamó otra.

Atilano alzó la mano y continuó:

—Pero también que cada hombre tome sus precauciones. Hay que atrancar las puertas y estar pendientes de las casas de los compañeros

que andan en el turno de noche. Ya se mandó avisar a la policía de Mezcala, pero no vamos a esperar hasta que lleguen los cabrones gendarmes para cuidarnos.

Cirilo pidió la palabra.

—¿Qué va a pasar con las mujeres, Atilano? Yo creo que la Viuda no se recupera pronto y Rosario y doña Meche están muy golpeadas; la única que... digo... que no está lastimada —alzó los hombros e hizo un bizco—, es... Epifania. Además los maridos quieren sangre y tienen razón. Ni modo de decirles que se aguanten, que mientras vamos a vigilar. Y otra cosa, Atilano —Cirilo alzó la voz y casi deletreó las palabras—, ¡ese macollero está aquí, con nosotros!

Los hombres se vieron entre sí. Algunos rostros centellearon. El ambiente se tensó como cable de malacate. Y así como en la mina olfateaba las vetas del mineral, Atilano olió entonces el peligro. Se irguió ante los hombres, lanzó a Zagal una mirada de advertencia, y gritó:

—¡Pero no aquí en la tienda, pendejos!

La llamada surtió efecto. Continuó:

—Ni modo que fuera tan bruto como para meterse en la boca del lobo. No, compañeros, hay que estar alertas y ser muy cuidadosos. Capaz de que al rato algunos nos matamos mientras que el macollero ese se queda muy tranquilo en su madriguera.

"Atilano tiene razón", murmuraron varios. La asamblea se tranquilizó. El jefe repartió comisiones.

Por la emergencia, Zagal decidió salir a Chilpancingo esa misma madrugada. Regresó al día siguiente y bajó dos cajas del forcito. Media hora después un letrero pintado a mano, con grandes letras irregulares, lucía en la fachada de le tienda:

SE BENDEN
CERRADURAS
Y
CANDADOS

6
JUANITA

—¿Qué haces aquí, muchacha?

El tono de voz la turbó. No era regaño, pero tampoco había en las palabras el aviso de dulzura a que estaba acostumbrada.

Cirilo salió de detrás del mostrador y le dio un beso.

—No, mi muchachita, no —la abrazó y la condujo al interior. Juanita bajó el rostro y sus mejillas se humedecieron en silencio—. No llores, hijita, por favor. Siéntate. No estoy enojado, pero ya sabes que me preocupa mucho que andes sola a estas horas.

—Es que me dieron ganas de verte. No fuiste a la casa en todo el día y te extrañé.

—Yo sé, mijita, pero acuérdate que no puedes andar sola mientras esto siga así. Ojalá me comprendieras.

—Marciano me acompañó. Me dijo que te ibas a enojar y no quiso entrar.

Cirilo la miró en silencio. *Ya es una mujer pero todavía no se da cuenta. Y Marciano... Si no estuviera seguro de que es un buen muchacho, yo...* Tomó asiento a su lado y le acarició el pelo. ¡Se parecía tanto a su madre! Los mismos ojos, el mismo tono de voz, las lágrimas igual de fáciles ¡Y los gestos! Ese mohín extraño o el limpiarse la frente con el dorso de la mano al hablar. *No tarda en darse cuenta de cómo empiezan a verla los hombres. Tengo que hacer algo para que conozca otras cosas. ¿Si la mando a Chilpancingo? Podría estudiar la secundaria. Conocer a otra gente. ¿Qué le espera aquí?*

Cirilo vio a Juana repetida en sus andares y en sus ternuras, en sus ojos de atardecer y en su piel de barro mojado, tersa y brillante. Hacía muy poco que Juanita era una niña y jugaba con Marciano a encontrar leones en la cañada, pero ahora ya ni siquiera hablaba del león junto al cuadro del Señor y sus Apóstoles. *¡Qué imaginación la de Juanita. Cuando quiere, hasta en las sombras encuentra fantasías!* Besó de nuevo las mejillas de su hija. Ya no estaban húmedas.

—Venga, muchachita. Voy a cerrar y nos vamos con Zagal. Pero me tienes que prometer que no vas a volver a salir después de que oscurezca, ¿eh? Por lo menos mientras pasa todo esto.

Juanita le echó los brazos al cuello.

7
EL CURA

Tres gendarmes de Mezcala llegaron, husmearon, y se fueron después a tomar algunas notas. A los mineros el coraje les ardía en los riñones: no daban con el macollero por ninguna parte.

Tres viajes más de Zagal a Chilpancingo fueron necesarios para dar cuenta de la demanda de candados y cerraduras desatadas en Nukay por el miedo.

De Mazapa llegó un cura joven que convocó a jornadas de rezo. Dijo en sus sermones que la causa de la desgracia de Nukay era la presencia del maligno, que el diablo se refocilaba en el pueblo gracias a que sus moradores eran más amigos de los borlotes que de los deberes cristianos. Cuando alguien sugirió que un sacerdote de planta en Nukay podría terminar con las visitas del Demonio, el cura volvió los ojos al cielo y murmuró algo acerca de los inescrutables designios del Señor.

Durante una misa arrojó chispas sobre la grey:

—¡Y hay quienes todavía se atreven a entrar en la Casa de Dios cuando viven en pecado, amancebados, como los animales! ¡Yo me pregunto cómo es que Dios no les ha mandado castigos peores!

Pero rondines, rezos, desconfianzas y uno que otro apresurado matrimonio, no lograban dar con el macollero.

8
JUANITA

La mañana parecía un espejo recién lavado. Juanita dejó el cesto de la ropa junto a un mezquite y saludó a los verdes y sepias de la cañada. La profundidad y la infinitud de esa herida en la tierra la atraían

y al mismo tiempo le daban miedo.

En mañanas como esa, cierta magia teñía el aire. La muchacha cerró los ojos y aspiró con deleite los aromas que salían de la tierra. Tomó sus enaguas por los pliegues y las alzó para ofrecer sus muslos a la caricia del viento.

Así estuvo unos minutos, con el corazón agitado. *Me está viendo. Dice que va a la cañada a buscar leones, como antes, pero yo sé que se esconde para verme.* Luego levantó el cesto y se fue a su casa.

Marciano no tardaría en alcanzarla.

9
EL GATO

Una noche el rayador se presentó en casa de Cirilo y avisó de un paro en los flotadores. El jefe del almacén se fue a la planta de inmediato. A medianoche la situación quedó bajo control y Cirilo volvió a casa agotado. Casi al acostarse oyó un ruido leve, como un suspiro. Fue al cuarto de su hija con mucho cuidado para no despertarla. Empujó la puerta y entró. Un movimiento brusco en la cama, y la sombra de un bulto que ganó la ventana con la agilidad de un gato, le helaron la sangre.

—¡Juanita!

Se abalanzó sobre la cama y encontró el rostro demudado de la muchacha. El corazón se le detuvo. Una fuerza desconocida se apoderó de él y lo arrojó tras la sombra que se escurría en la noche. Un gavilán hambriento no hubiera caído con más saña sobre su presa. Rodaron por entre los matorrales. Las garras de Cirilo prendieron una mata de cabello, sus brazos se transformaron en martillos de aire: una y otra vez buscaron el suelo, arrancando lamentos sordos a las piedras, hasta que el bulto dejó de agitarse.

Se detuvo. ¿Qué había sucedido? Sus manos estaban pegajosas, y al llevárselas a la cara un olor dulzón le violentó el olfato.

Se puso de pie y respiró hondo con la cara vuelta a las estrellas. Pensó que había una en el cielo que antes no brillaba ahí.

El bulto yacía a sus pies, entre las piedras, como un montón de zacate envuelto en un trapo pringoso. Con la indiferencia con que se mueve a un perro para comprobar si está muerto, Cirilo le acercó la bota y lo volvió.

Un rayo le cruzó el cuerpo. Desde el suelo débilmente iluminado por la luz de la luna y las estrellas, Marciano le dirigía una mueca torpe, forzada, como si un último grito se le hubiese quedado a media garganta. Cirilo sintió muchas cosas en ese momento, pero no miedo, ni rabia. Se le ocurrió que algo de ridículo había en ese gesto de muerte.

Luego, con paso lento, se fue a ver a Juanita.

10
LOS RUMOREOS

Lupe Abarca lloraba sobre la caja de madera. El tufo de las velas de cebo era casi insoportable.

Cirilo le había llevado a Marcianito con la mirada vacía, arropado en un cajón de madera olorosa, veteada de sepias, como aquél donde Pioquinto encontró la última oscuridad.

Lupe Abarca pensó que sus lágrimas no podrían limpiar el alma de su hijo, que ya no lo alcanzarían ni siquiera en el Purgatorio. Se deslizó al piso de tierra. De su cuerpo salió un grito que nadie escuchó. Sus manos, sus pies, su corazón, sus riñones, su lengua, sus ojos y sus dientes, le pedían rezar, rezar, sólo rezar.

Se hincó con otras viejas frente a la Virgen del Perpetuo Socorro y de sus labios comenzó a fluir, como miel espesa, un murmullo

¡Ten misericordia de él, Señor!

que se escurrió del cuarto y se extendió por Nukay,

¡*Apiádate de su alma, Virgen Santísima*!

y fue a impregnar los alrededores de la planta, los callejones del establo, las hojas de los limoneros de la huerta,

¡*Ruega por él*!

el mineral de los molinos y el aire mismo del pueblo. El rumor llegó

al atrio escuálido,
¡*Ruega por él*!
y por las ranuras en la vieja puerta, por los poros en la mezcla de las paredes, por los cristales rotos en las ventanas, penetró a la iglesia miserable,
¡*Ruega por él*!
rozó las bancas deslavadas,
¡*Ruega por él*!
se detuvo frente al altar
¡*Madre de Dios, intercede por él*!
y trepó por las escaleras del campanario,
una
a
una,
¡*Ruega por él*!
lento, despacioso,
¡*Ruega por él*!
voló
alrededor del
herrumbre del bronce
de la campana sorda
y
palpitó como un corazón,
¡*Ruega por él*!
apenas, como el gemir del viento en la cañada,
¡*Ruega por él*!
implacable, como el girar enloquecedor de la trituradora...
¡*Ruega por él*!
hasta que una gritería al otro lado de Nukay,
¡*El macollero*!... ¡*El maacolleero*!... ¡*El maaacolleeero*!
y el retumbo de correr de muchos, lo fueron disolviendo en el aire casi brisa de la noche.

Refugio

Se llamaba Sebastián Cornelio. Era alto y con aires de muy entrón. De joven anduvo tras la difunta Inocencia, pero ella se decidió por Severo, un hombre más tranquilo y hasta cariñoso. Al año justo nació Refugio.

Sebastián Cornelio fue buen perdedor. Ni en la cantina hablaba de lo que no le tocó. Dicen que su madre, doña Jositos – que de la gloria del Señor goce- le aconsejó paciencia. Bueno, eso dicen…

Era domingo. Por jugar al espejo en el agua se le atrasó el lavado. Las otras mujeres se adelantaron. Ya sabían que cuando Refugio soñaba, las horas podrían ser minutos para ella. En la tarde regresó al pueblo por la vereda larga, la que sale más allá del puente, cerca de la tienda.

Con la canasta de ropa olorosa a río en el hombro, algunas flores del monte en la mano libre y una tonadilla bailándole entre los labios, Refugio se sentía feliz. Miró hacia el puente. La superficie del agua era una nata color yema de huevo que se extendía a una franja del horizonte y a las nubes tendidas en él. Arriba y atrás el cielo era azul oscuro, terso como paño de seda mojado, y las primeras estrellas perforaban sus atisbaderos.

Recorrió los tonos del atardecer, del anaranjado hasta el azul casi negro, y de vuelta al torrente inagotable del río, y dejó a las aguas arrastrar su mirada rumbo al mar. Así estaba, hipnotizada, cuando una sombra oscureció el paisaje. Era Sebastián Cornelio que salía de entre unos matorrales. Refugio supo en cuanto lo miró. El miedo se le congeló a medio vientre con una sensación ácida. No hubo gritos. Nada más un forcejeo sordo.

Antes de escabullirse otra vez por el monte, Sebastián Cornelio le

arrojó una mirada de triunfo.

No supo cómo llegó al pueblo ni por qué en el puño ahogaba unos tallos despojados de botones y pétalos. La mañana la encontró de pie en la cocina, con los ojos muy abiertos, los restos de su ramo en el piso, y ella contemplándose las manos. Los primeros ruidos del día le trajeron lágrimas, ira y vergüenza. Pensó en su padre, de viaje por Balsas, y el miedo se le redobló.

Refugio fue a confesar; el cura le pidió detalles para darle la absolución. Tres veces le llegó la orden desde atrás de la celosía. Tres veces guardó silencio. No sabía cómo responder. El sacerdote se incorporó fuera del confesionario y sus ojillos recorrieron a la muchacha desde el fondo de unas gafas gruesas y redondas. Murmuró algo, los carrillos se le incendiaron y su mano humilló la mejilla de Refugio. Se alejó con la sotana a vuelo tras de arrojar una palabra desconocida cuyo timbre estremeció a la muchacha más que el golpe:

—¡*Barragana*!

Fue la última vez que Refugio estuvo en el confesionario.

Días más tarde el padrino se apareció en la tienda como si nada. Refugio lo miró de frente y le ofreció una cerveza. Tan poca resistencia casi lo entristeció. El recuerdo todavía fresco de los muslos de la muchacha le agitaba los sentidos.

Sebastián Cornelio echó hacia atrás la cabeza para beber. Luego dijeron que cerró los ojos y que por eso la hoja que abrió el cachete y le quebró el hombro izquierdo lo agarró en firme, como costal de maíz. Según el doctor, de haber empuñado un hombre el machete y no Refugio, le parte el alma y no sólo lo charrasquea y le entiesa un brazo. Cuando Severo regresó a Mazapa y quiso emparejar A Sebastián Cornelio por el otro lado, aquél ya se había huido.

Refugio estuvo casi dos días en el cuartel; salió libre porque nadie se presentó a levantar una denuncia y porque hasta el más cerrado pudo darse cuenta de que la muchacha sólo se había desquitado. De ahí en delante no hubo hombre en Mezcala que no le sacara la vuelta, aunque en secreto casi todos se quemaban por llevársela al monte.

Y qué que me pudra aquí si de todos modos ya me condené por culpa de ese parido de mala madre. ¡Y qué! Y qué que el señor cura me haya echado la maldición. ¡Y qué! Aquí no me voy a quedar. ¡Primero me voy de puta a Chilpancingo!

Un toque en el brazo cortó el hilo de los pensamientos de Refugio. Alzó los párpados y su mirada seca se encontró con la inexpresiva del sargento de rurales Juan Longinos.

—Ya te puedes ir, ¡ándale! —murmuró el policía.

Refugio apartó la cabeza de la pared húmeda. Al incorporarse sintió que la mano del hombre la ayudaba. El contacto no la asustó. Se envolvió en su rebozo y salió a la calle. En la puerta la deslumbró la claridad del mediodía. Alcanzó a oír el comentario de unos rurales sobre las mujeres bravas y el tiradero de sangre en el piso de la tienda, y las risas que siguieron.

Por el camino a casa no reparó en la curiosidad que despertaba entre los vecinos.

Las hijas de confesión del cura la tomaron por su cuenta. Se apartaban de ella en el templo, la hicieron amiga del cacique, del dueño de la hospedería, del veterinario y de Juan Longinos: ¿Desde cuándo los rurales dejaban ir a alguien así como así?

En las reuniones de la cofradía los miércoles y viernes dieron por rezar por la salvación de las mujeres que equivocaron el camino, y vigilaron a todo hombre que mirara demasiado a Refugio.

¿Qué hice? ¿Por qué?...

Sin alborotos, sin gritos, el cerco se le fue cerrando. Su padre dijo que eran imaginaciones y no quiso ni pensar en cambiarse de pueblo. Desde su punto de vista todos entendían que un desgraciado había abusado de una muchacha inocente y sólo querían ayudarla. Lo único que le preocupaba era la posibilidad de un nieto no deseado, y ese peligro pronto desapareció.

¡Cómo si yo hubiera tenido la culpa! ¡Como si yo fuera mala! ¡Todos son unos desgraciados!

Entonces Refugio y Cheo se vieron por primera vez. El viejo baja-

ba de Nukay seguido para ir con las pintadas en el Barrio Oriente y no acostumbraba detenerse en el pueblo, pero ese día necesitó cigarros y entró a la tienda. Iba sucio, aunque sobrio. Vio a Refugio y se quedó de una pieza. A las dos semanas estaba de vuelta, rasurado y con la camisa limpia.

Refugio supo de inmediato que a su manera insípida, el minero la cortejaba.

¿Será posible que no sepa? No tardan en decirle.

Una vez a la semana aparecía en la tienda, se acomodaba en un rincón y mientras la muchacha atendía, él platicaba de la mina y de Nukay.

Conversaba en voz alta, sin preocuparse de quién pudiera oírlo, sin reparar en la avidez con que los oídos de los clientes seguían sus palabras, ni en la chispa de malicia que les encendía la vista. Tampoco parecía escuchar las frases sueltas que algunos dejaban caer cada vez que Refugio se apartaba un poco, sobre ciertos peligros que acechaban a los fuereños.

Severo se enteró. Un domingo durante el almuerzo la estuvo observando mientras colocaba las cazuelas en la mesa. No la miraba con frecuencia. De no haber sido por los problemas con el compadre hubiera seguido recordándola como... como tantas otras cosas de la casa y de la tienda, que ahí están y sirven para algo aunque no siempre se fije uno en ellas. Ahora vio a una mujer parecida a la difunta Inocencia, con el mismo aire ausente y sumiso, y no pudo precisar cuándo había dejado de ser aquella niña que entraba a la casa seguida por un perro y con una lagartija en la mano. Vio a una mujer que —pensó—, dentro de poco estaría avinagrada —y él más viejo, más cansado. Sintió algo de lástima. Después de lo que le hizo Sebastián Cornelio, Refugio difícilmente conseguiría marido en Mazapa: era un pueblo con demasiadas mujeres. Dijo:

—Si le vas a hacer caso, yo sé que es soltero, y que tiene su casa y su trabajo. Juan Longinos es cuñado del minero mayor de la mina, un tal Atilano, y él me dijo. Claro, es bastante mayor... tú sabes lo que

haces. No seré yo el que se oponga. Eso te quería decir.

Severo metió un trozo de tortilla al plato y alzó un bocado de chile y frijol negro. Rumió mientras Refugio le arrimaba un pocillo de café. Le había costado trabajo hablar y fue un alivio que su hija no tuviera intenciones de responder. Dio por cumplido su deber y clavó la vista en el guisado.

Esa tarde Refugio hizo cuentas. No tenía madre que la aconsejara, a su padre no le importaba, las pocas amigas hasta antes de "eso" ahora la evitaban. Su mundo en Mezcala era la tienda; el mañana, oscuro e incierto como gato en la noche. La mirada de hombres conocidos de toda la vida ahora le daba asco y desconfianza. Sólo veía un camino: irse. Ahora quizá con el minero. Dentro de poco a lo mejor ni eso. El hombre no tardaba en enterarse de lo de Sebastián Cornelio. Y entonces, aunque viejo y seco, también se le iría.

Sintió frío y se apretó el rebozo. Miró sus manos: fuertes, oscuras encima y claras abajo, acostumbradas a trabajar duro y macizo; manos alegres. Lástima haberlas guardado tanto y que no hubieran podido acariciar al primero... Torció el rosario por encima de la muñeca izquierda y se volvió al espejo. La imagen dentro del marco de latón le dijo que no era fea, ni vieja, ni bizca, ni picada, ni mala... ¿entonces por qué era tan desgraciada? Pensó hasta que le dolieron la frente y la nuca y no encontró una razón.

Lo único era salir de Mezcala. Salir ya. Como fuera. *Aunque sea de puta a Chilpancingo... Pero tengo más a la mano al minero...*

La siguiente vez que Cheo entró a la tienda sintió la mirada de Refugio como si se hubiera acercado demasiado a uno de los hornos de refinación, aunque la voz salió fría después de evitar el saludo.

—Ya no venga tanto, señor Cheo...

—¿...?

—Le dijeron a mi papá que usted me quiere llevar al mineral y se enojó mucho —Refugio tomó aliento antes de seguir—: mejor ya no venga nada. Mi papá me puede pegar y hacerle algo a usted. Váyase. Váyase, por favor.

Cheo la miró con los ojos muy abiertos. De la boca entreabierta salieron unos sonidos extraños. Dio la media vuelta y abandonó la tienda. No vio la palidez que invadió el rostro de Refugio, y no hubiera comprendido de todos modos.

—Pasa, muchacha, pasa.

Refugio miró el interior de la choza sin atreverse a entrar. Sentía miedo.

La voz insistió:

—Si no pasas no te puedo ayudar. Es un hombre ¿verdad? Casi sólo para eso me buscan ahora. Lo único que ya no pueden perder las mujeres es la calentura.

Refugio entró apretándose las manos. Media hora después salía con varios cucuruchos en las bolsas del delantal.

Durante nueve noches rezó diez padrenuestros y diez avemarías y se frotó el vientre con el atado de hierbas mientras pensaba en el viejo. Nueve noches durmió con el bulto entre las piernas. En la madrugada del décimo día enterró en el patio las hierbas con el colmillo de un perro y la sangre cuajada de un gallo negro, todo envuelto en un paliacate de Cheo olvidado en la tienda, mientras recitaba:

—Por San Antonio, por San Francisco, por el bastón, por el cordel, por las ánimas benditas del purgatorio, que ese hombre, Cheo, me ha de llevar a su dormitorio... En buena ley, en buena cosa, por la Iglesia me ha de hacer su esposa...

Cubrió la tierra recién revuelta con hierbas de matacoyote y trozos de piel de maquiscoate, y rezó hasta la salida del sol. Se restregó el cuerpo con té de huaxocote serenado tres noches a la luna. Trenzó con cuidado su cabello, se puso un vestido blanco, dejó que el aire de la mañana enrojeciera sus labios y mejillas, y esperó, segura, el regreso de Cheo.

Al verlo aparecer en la puerta de la tienda a media mañana, el rostro pálido del minero, todo huesos y pellejo como pergamino claro, le repugnó por un instante. Mas el recuerdo Sebastián Cornelio y el miedo a quedarse para siempre sofocada entre aquellas paredes de

Mezcala le afianzaron el ánimo. La voz le salió clara:

—¿Qué hace aquí? ¿No le dije que no viniera?

—No senoje, Refugito. Estuve pensando. Nomás vine a decirle... ¡cásese conmigo!... Allá en Nukay tengo mis cuartos, y buen trabajo en la mina, y...

No pudo seguir. La lengua se le cambió en piedra. Comenzó a sudar. El miedo abajo de las cejas y alrededor de la boca hizo que le temblaran los ojos y los labios. Refugio vio que el viejo estaba a punto de dar la media vuelta y echarse a correr. Alzó el rostro y despacio, como quien dice un secreto o confiesa un pecado, dijo:

—Pues si de verdad tiene ganas de mujer, póngale fecha. Pero le digo que la boda tiene que ser en la iglesia del mineral, ¡porque aquí en Mezcala no me caso ni con usted ni con nadie!

Cheo sintió helado. Con todo y frío esa misma tarde buscó a Severo.

Tres semanas después, el domingo de San Pascasio Obispo, se casaron en Nukay. Pepenacho y Serena apadrinaron a Cheo. Atilano y su mujer a Refugio.

Los amigos regalaron un puerco y garrafas de aguardiente. Unos muchachos de la mina llevaron sus guitarras y hubo baile en la calle frente a la casa de Cheo.

Muy entrada la noche el novio trastabilló al cuarto en donde lo esperaba su esposa, acostada y con los brazos cruzados sobre el pecho. Se desnudó sin gracia. Avanzó a la cama. El contacto de su cuerpo no estremeció a Refugio. Sin cerrar los ojos ella se transportó a un atardecer cerca del río, con el cielo color de yema de huevo. Apretó los labios y aguardó, inútilmente: la borrachera y el sueño poseyeron primero al marido.

Refugio casada elevó los brazos y por encima de la espalda angulosa de Cheo pudo verse las manos a la luz de las veladoras. Eran manos fuertes y trabajadoras oscuras por arriba y claras por abajo… vírgenes.

El Betote

—Los perros están ladrando, Serena. Ya casi es tiempo de irme —murmuró el hombrón sin apartar la vista del vaso de mezcal que tenía sobre la mesa—. Esta vez lo voy a encontrar, Serena. De verdad. José Miguel vio una cueva camino a Las Peñas. Dice que hay hartos pedazos de barro en la subida. Es buena señal. Lo voy a encontrar... ahora sí.

Sin responder, Serena acercó la botella y llenó el vaso del hombre. Le gustaba escuchar sus historias. Sonaban como sus propios recuerdos de juventud en la montaña.

De los labios del Betote escapaba en sordina un hilo de voz con los nombres de la tierra: la Barranca del Gato, el Arroyo de los Conejos, los cerros del Zopilote y de la Tuna, la Quebrada del Coyote, el Árbol del Colgado —donde dos veredas se encuentran y se despiden—, la Cueva del Indio... camino de Mexela y Apipilulco, rumbo a Balsas, a Tulimán, a Zicapa y Chichihualco.

Por toda la sierra andaba el Betote en su jamelgo. Buscaba restos de ollas, figurillas, piedras talladas o de formas y colores sorpresivos a la vista y al tacto, para vender en Acapulco a míster Yon, el gringo de Las Margaritas, que alineaba las piezas sobre el mostrador, las examinaba un buen rato y ofrecía.

—Darr nueve porr ésta… cuatrro porr aquélla... seis cincuenta porr ésa... ¡Trrajiste purras porrquerrías hoy, Beto!

Un día Yon le enseñó la fotografía de un vaso labrado en piedra casi transparente, con grecas en la parte inferior y el bajorrelieve de una serpiente comiéndose la cola alrededor del borde.

—Mirra, Beto: esto, no serr porrquerría. Si tú encuentrras uno igual me lo trraes a mí, yo pago cinco mil pesos.

Betote sintió que la garganta se le cerraba al escuchar la cantidad. Seguramente era lo que don Tilo ganaba en un año. Pero la pieza... nunca había visto una igual.

Desde entonces la idea de encontrar el vaso lo obsesionó. Salía a buscar piezas cuando quedaban pocas monedas en la caja de madera oculta bajo una duela en su cuarto. La noche anterior prendía veladoras ante la imagen de San Alberto Magno, su patrono, y rogaba buena fortuna. Después se iba a la palapa de Serena, para salir con las primeras luces del día siguiente. Era un ritual inalterable.

—Dice míster Yon que si lo llevo me da cinco mil pesos. ¡Cinco mil pesos, Serena!

—Ya lo sé, hace temporadas que lo dices, Betito —respondió ésta, sin que el diminutivo pusiera en guardia al hombre—. Y mucho más ha de valer, porque esos americanos no regalan su dinero. Aunque a lo mejor te está embromando. ¿Quién te dice que en verdad hay uno de esos por aquí?

—Me enseñó la foto, Serena.,

—Pues si —sonrió la vieja—, pero no te hagas ilusiones. Dicen que allá de donde son los americanos —Serena apuntó en dirección a la mina— hay harta plata y todos son ricos, como ese tal Yon, que ni cristiano ha de ser. No hay que confiar, Betito.

Serena sirvió más mezcal. La palapa estaba fresca, descansando del calor que se juntaba en el amanecer próximo para asaltarla de nuevo. Arriba de la mina, por sobre el cerro, la luna flotaba en un cielo violeta apenas manchado con un toque de naranja. A la derecha parpadeaba furiosa una estrella solitaria. Desde Nukay subían en procesión los murmullos del nuevo día interrumpidos por el ladrido seco de los canes.

Betote se incorporó. Su cabeza casi llegaba al techo de palma y su cuerpo tapó por completo la entrada de la palapa.

—Ya es hora de irme, Serena. Prepare usted la garrafa y el itacate. Voy a buscar el caballo.

Betote iba a paso lento por el camino de Las Peñas —en realidad

sólo una dirección que arranca de Nukay rumbo a dos enormes peñascos, torres en la cordillera al oriente—, y de cuando en cuando daba un trago a la garrafa.

Observó el paisaje: tierra áspera y seca como pellejo de gato muerto. José Miguel había divisado la cueva en lo alto de una pared casi al salir de la Quebrada del Coyote, junto a un guamúchil seco. No subió por miedo a los espíritus que viven en esos lugares. Vio pedazos de barro cerca de la entrada, abajo de un peñasco, y de regreso a Nukay avisó a su amigo.

Betote pensó en lo que haría con los cinco mil pesos que míster Yon le iba a entregar a cambio del vaso. Un año por lo menos, un año sin salir al cerro, tal vez más. Y podría entonces hablar con Ernestina: la ayudanta de Serena no tenía hombre y lanzaba miradas maliciosas al Betote.

Acarició el cuello sudoroso de la bestia y se preguntó de dónde habrían salido las figuras y las ollas que encontraba en el monte. No podía imaginarse hombres y mujeres distintos a los que conocía. Para él, todo era siempre. Siempre había estado la mina, siempre la planta de beneficio, siempre la palapa de Serena, siempre su propia casa. Si alguna vez el tiempo se le alteró fue a la muerte de su padre —a la madre no la recordaba—, pero como un amanecer distinto, no como otro paisaje.

La imaginación le daba brincos con el vaivén de la montura: una vez Serena; otra la mina; luego don Tilo, con amor y con coraje: primero el hombre preocupado que ocupó el lugar del padre muerto, luego el jefe, terco en que no debía irse de la mina. Después Ernestina: ¿una mujer en su cuarto? Tendría con qué. Sí, tendría con qué.

Un estremecimiento del animal interrumpió sus divagaciones. El sol estaba en lo más alto y según sus cálculos todavía faltaban tres o cuatro horas para llegar al paraje de la cueva. Decidió descansar bajo una saliente.

Cerca de las seis llegó. Era una cañada poco profunda que serpenteaba entre los primeros escalones de la cordillera recortada limpia-

mente sobre el cobalto del atardecer. La pared izquierda se ofrecía escarpada y moteada de mechones de zacate. Sobre la derecha la elevación era más suave, con muchos arbustos, cubierta de un vello marchito que ocultaba la tierra parda. Betote permaneció inmóvil sobre el caballo a la entrada. Examinó cuidadosamente el terreno. Debía localizar el guamúchil seco junto a una roca y por ahí escalar, le dijo José Miguel.

Avanzó con la vista atenta y a poco descubrió la señal: el tronco reposaba sobre la piedra y sus ramas parecían abrazarlas, como si antes de morir hubiesen buscado en ella un poco de consuelo.

Se apeó. Condujo al animal a unos matorrales y lo hizo firme. La subida parecía difícil, mas la imagen de la fortuna que esperaba le inyectó energía. Después de otro trago marchó sin dejar la garrafa, escogiendo el camino por entre las piedras y los arbustos.

Iba del lado soleado y el sol llameaba en la resaca de calor que anunciaba la proximidad de la noche. Sudaba a chorros. Cada pocos pasos se limpiaba la cara con el antebrazo y el dorso de la mano. Su respiración adquirió el ritmo y el estertor de un fuelle de horno. Iba como hipnotizado, la vista fija al frente, el interior de su cabeza hirviendo de imágenes fantásticas. Cuando abajo el caballo relinchó asustado, Betote no escuchó.

Hacía menos de una hora que andaba cazando y la presencia la excitó. Lengüeteó nerviosamente el aire, con medio cuerpo erguido; las vibraciones le dijeron que era un solo individuo y se aproximaba en línea recta. Desplazó la cabeza de un lado a otro varias veces. Al anunciar las vibraciones que el individuo no variaba su trayecto, se le endurecieron los músculos a todo lo largo; sólo la cola se movió aceleradamente. Al fondo de la quebrada, la música de la sonajera penetró por los poros del caballo, desorbitándole los ojos y arrancándole relinchos de pavor.

A doscientos metros arriba del guamúchil y la piedra, casi en línea recta, Betote divisó por fin la entrada de la cueva sobre un corte perpendicular a una saliente. La vista de unos pedazos de barro rojo a

poca distancia de la oquedad, como gotas de sangre seca sobre la tierra, le agitó aún más el pulso. Algo le decía que ahí estaba el vaso, esperándolo en la caverna. Hubiera querido volar. Se conformaría con correr, correr, aunque fuera cuesta arriba. El sudor lo empapaba. Se dio un instante para un trago largo que le refrescó la garganta y le avivó las fantasías. Gritó a la cañada:

—¡Voy a ser rico!... e ignorando la protesta de sus piernas echó adelante todo el cuerpo en un trote grotesco. El caballo volvió a relinchar, pero los sentidos del Betote estaban en otra parte.

Comenzaba a escabullirse cuando sintió el ataque. Se detuvo. Se enroscó. Dos pequeños bultos se le hincharon en la nuca. Así se congeló, bella como un tronco escamado, líquido y brillante, pero a la vez siniestro sobre el sepia del zacate y el verde apagado de los arbustos.

Se encontraron a media subida. La sonajera latigueó con furia, como si hubiera querido escapar a su sombra, y el Betote se paralizó de terror. Su fantasía cambió brutalmente. Se llevó la mano a la pantorrilla derecha y sus dedos le confirmaron lo que ya un intenso dolor expandiéndose por los músculos y los huesos de la pierna le anunciaba. Se hincó sobre la rodilla izquierda. El movimiento del cuerpo llevó su vista hasta el duro ojillo de cristal negro, donde se amarró. La sonajera estaba a un metro escaso, erguida, aguardando la caída del enemigo. Las manos de Betote se crisparon y apretó garrafón de mezcal durante una fracción de segundo antes de que saliera disparado hacia la angosta cabeza.

Miles de luces se encendieron entre las ramas secas y ahuyentaron a la oscuridad que reptaba desde la cima. Betote se echó sobre la ladera como un buey herido, invocando a San Alberto Magno, maldiciéndose a sí mismo. Maldiciendo a míster Yon. De sus ojos brotaron lágrimas que se confundieron con el sudor frío que le escurría por la cara. Intentó amarrarse un torniquete en el muslo, pero no tuvo fuerzas para quitarse el cinturón y menos para rasgar la camisa. Alzó la vista, encontró que todas las luces se concentraban alrededor de la

boca de la cueva en una fiesta de tonos lujuriosos, con una intensidad semejante a la del dolor que se le extendía hasta el pecho y se ramificaba por entre los tejidos en busca del corazón.

Comenzó a sentirse ligero y se incorporó como si flotara. La luminosidad iba y venía desde la cueva a la manera de las olas del mar, ganando terreno a la ladera. Algunos destellos se desprendieron. En su interior pequeños remolinos comenzaron a desdoblarse en imágenes familiares. Serena apareció a su lado con una botella de mezcal, vertió un chorro en la cuenca de la mano y la ofreció al Betote. Bebió a sorbos, lamió las últimas gotas y besó la palma de la mujer. Llegó Ernestina y lo acompañó en silencio hasta la entrada de la cueva. Los bordes abruptos se habían alisado en un círculo perfecto de piedra gris y una neblina aperlada salía del interior como vaho. Se escuchó una voz: "Yo pagarr cinco mil pesos porr éste, Beto", y la efigie de míster Yon, con su mirada azul hinchada por los gruesos lentes, se perfiló en la bruma con un brazo extendido hacia donde el vaso reposaba entre las manos de piedra de un ídolo que sonreía desde su siempre acuclillado. Sobre el borde del vaso una serpiente se tragaba su propia cola.

Betote se olvidó de la luz, de Ernestina y de Serena, de la sonajera... apenas dirigió una mirada sesgada al gringo. Se hincó y tomó el vaso. Lo acarició antes de elevarlo. La luminosidad lo envolvió y Betote vio que estaba tallado en una piedra acuosa desde cuyas entrañas miles de agujas multicolores chocaban entre sí conforme lo giraba, disputándose el brillo de la luz. "¡Ya soy rico!", gimió... y en ese instante las sombras envolvieron al mundo.

José Miguel lo encontró tres días después. Estaba tirado en la ladera y los coyotes lo habían mordisqueado. En el hueco entre su pecho y la tierra, la sonajera adormilada por el calor del mediodía no sintió el zumbido de la hoja que la partió. Alrededor de una piedra, a unos centímetros del Betote, un reguero de astillas de vidrio verde formaba una flor de jade.

El diablo

Un martes después de la misa de aguas el diablo se les apareció a las hijas de Genovevo en la cañada, y casi las mata del susto.

Los peones que salían de la planta de beneficio oyeron los gritos y fueron a ver, más curiosos que valientes. Las encontraron en un claro a poca distancia de la pared junto al molino, atenazadas la una con la otra, rasguñadas y llenas de tizne, lloriqueando que el diablo las habí-a querido arrastrar al infierno. Alguien corrió por el señor cura que estaba en el pueblo para la rogación de lluvias.

Cuando llegó el padre, ya mucha gente se había juntado. Las primeras en aparecer fueron la viuda y sus amigas. Comenzaron un rosario. Algunas murmuraban que Dios iba a castigar los pecados de Nukay "y de cierta gente" en particular. Parecía que la visita del diablo, el enemigo a quien no dejaban en paz ni de día ni de noche con sus letanías, las había hecho muy felices.

Llevaron a las muchachas con el médico; después el padre habló con ellas y con Genovevo. Cuando ya se iban la Viuda lanzó un "¡pobrecitas niñas!", puso los ojos en blanco y con la voz más inocente del mundo siseó:

—¡Ay, don Genovevo! ¿Pero qué andan haciendo sus hijitas a estas horas en la cañada... y solas?

Las muchachas se pusieron blancas. A Genovevo se le incendió la mirada. No contestó. Agarró a sus hijas del brazo y se fue. A poco corrió el chiste de que no había sido uno, sino dos los diablos, pero de los que traen el rabo al revés, los que se aparecieron en la cañada a las niñas. Las pobres estuvieron un buen tiempo encerradas.

Después de Genovevo, la Viuda la emprendió contra el sacerdote. Aquella temporada estaba en Nukay un buen hombre, ya mayor, muy

tranquilo, de esos curas de antes a quienes se llamaba "padrecito" y se les besaba la mano. Explicó a la viuda y las otras beatas que lo que dice la Biblia de bolas de fuego y volcanes vomitando sobre las ciudades del pecado, y los diluvios y las invasiones de Luzbel y los arcángeles con espadas encendidas, no es para tomarse simplonamente; que el diablo anda por el mundo en muchas formas y no se hubiera tomado la molestia de visitar Nukay cuando Acapulco estaba tan a la mano.

Pero las beatas eran muchas, y muy tercas, y a fin de cuentas el padre tuvo que dar su brazo a torcer. Diablo o no, al día siguiente sacaron el estandarte de la Virgen de Guadalupe y lo llevaron en procesión al lugar maldito. Ahí rezaron el rosario mientras el padre hacía reverdecer la tierra a puros chorros de agua bendita. Con eso las cosas se tranquilizaron un poco, aunque no para el cura, las beatas no lo dejaban en paz.

Un domingo casi al final de la rogación de lluvias, Zacarías tuvo convite hasta tarde en su casa. Próspero y Teobalda, los padrinos de Zacarías chico, no quisieron dormir en Nukay y a esas horas salieron rumbo a su rancho. Debían cruzar la boca de la cañada y seguir a la izquierda bordeando el cerro hasta encontrar un antiguo paso de carretas. Dos o tres horas de camino, no más. No se dieron cuenta de que el diablo andaba cazando hasta que lo tuvieron encima. ¡Entonces todo fue gritar y correr!

Zacarías y unos amigos iban a la palapa de Serena a tomarse las del estribo cuando escucharon los primeros berridos. La borrachera se les cortó ahí mismo. Salieron como perros espantados rumbo a la cañada y no pararon hasta dar con el Próspero y la Teobalda.

Encontraron primero al viejo, agarrado a un arbusto. Tenía los ojos apretados y se le saltaban las lágrimas. Cuando quisieron levantarlo se aferró al tronco y a gritos destemplados pidió la protección de la corte celestial. Les costó trabajo convencerlo de que eran ellos. Teobalda estaba a unos diez metros, medio hundida en el polvo, pero no gritaba. Estaba como cuajada y temblorosa. Zacarías la levantó; e-

lla apenas tuvo fuerzas para abrir los brazos y gemir:

—¡Misericordioso Jesús, que tu preciosa sangre nos valga, por la Santa Cruz! —y se quedó tiesa. La única señal de vida era el castañeo de sus dientes.

En vilo los llevaron de regreso a Nukay. El médico tuvo que vendar más arañazos; la mujer de Zacarías se puso a limpiar el tizne de la ropa de sus compadres.

La noticia corrió como anuncio de aumento de jornales, y de nuevo la viuda y sus amigas fueron las primeras en instalarse a rezar el rosario. Al llegar el padre una docena de pares de ojos lo fulminaron con un "¿no que no?" desde las sombras de otros tantos rebozos. El anciano respiró hondo, apretó los labios y fue a buscar a Zacarías a una de las piezas interiores para ponerse al corriente de los hechos.

Había motivo de alarma. No que el sacerdote creyera que Lucifer hubiese descendido sobre Nukay al frente de varias compañías de diablos, pero la multitud que ya se juntaba en la calle, y las piadosas huestes de la viuda, podrían resultar más temibles. Por lo pronto, pensó, no habría más remedio que organizar otra marcha. Ya después Dios diría.

La nueva peregrinación arrancó a la primera luz, en medio de cantos piadosos. Al frente iba lo principal del beaterío comandado por la viuda. Seguía don Simón con el estandarte de la Santísima Virgen de Guadalupe, después el padre y el sacristán, armado éste con incensario, hisopo y calderilla — y presa de un miedo mortal, pues el día anterior se había refocilado con una pintada de Mezcala y si encontraban al demonio sería reconocido y arrastrado a los infiernos—. Cerraba un grupo bastante numeroso coreando los cantos de las mujeres.

La niebla cubría el suelo de la cañada y los arbustos parecían flotar sin tronco. Las piernas de los peregrinos arremolinaban la nube. El sol asomó atrás de la montaña e inundó el paisaje con una luz clara que penetró a cuchillo el aire de la mañana. Los rezos fueron en aumento conforme la procesión se acercaba al lugar maldito.

Entonces un gruñido paralizó a la procesión.

Los peregrinos se pasmaron. Piernas y mandíbulas quedaron congeladas en el último paso y la penúltima sílaba de la plegaria. El asta de don Simón se deslizó entre sus manos y se clavó en la tierra, ocultándolo tras el estandarte. El cura mismo sintió que se le iba la vida. Sólo a dos no entumeció por completo el terror: el sacristán, que huyó dejando regados sus instrumentos sagrados y la viuda, que silbó:

—¡¡¡*AveMMaríaPurísssimasinpecaddoconcebbida*!!!

Poco a poco algunos pares de ojos lograron torcerse lo suficiente como para implorar la ayuda del sacerdote, pero éste apenas percibió las miradas. Era pastor, cura de pueblo, confesor... no exorcista. Durante segundos eternos permaneció clavado en la tierra, hasta que la Providencia, en la voz chillona de la Viuda, vino en su auxilio:

—A—Alma de C—Cristo...

—S—Santifícame —coreó con débil voz. Pudo continuar—: ¡C—uerpo de C—risto!...

—¡S—álvame! —respondieron otros.

La plegaria de San Ignacio de Loyola fluyó entre los peregrinos, regresándoles el alma al cuerpo.

—¡Agua del costado de Cristo!

—¡Purifícame!

—¡Sangre de Cristo!

—¡Embriágame!

—¡Pasión de Cristo!

—¡Confórtame!

La procesión reinició el camino; todos se apartaron para dejar frente al ensotanado de Dios. La viuda dio el cambio a la Magnífica sin perder el paso.

—Glorifica—mi—alma—al—Señor... y—mi—espíritu—se—llena—de—gozo... al contemplar—la—bondad... de—Dios—mi—Salvador...

Ya casi no había bruma. Frente a ellos se alzaba la tierra rumbo a la cañada. Simón avanzó un poco más el estandarte.

Las dulces frases de la oración abrillantaron los ojos de los pere-

grinos y tonificaron su espíritu.

Así llegaron al lugar en donde unas horas antes se había rescatado a Próspero y a Teobalda. Y cuando esta hueste del Señor sentíase a punto de triunfar en su lid, el diablo se apareció frente a ella con un chillido: había estado oculto todo el tiempo atrás de una enorme piedra.

Era un bulto negro. Brincoteó un par de veces y embistió a los peregrinos. Todos se deshilacharon. Frente y retaguardia quedaron desprotegidas. El malo diezmó a los buenos. Ni uno quedó sano. La viuda se llevó la peor parte: unas tiras de su cachete izquierdo se fueron al infierno entre las garras del demonio.

La expedición regresó en desbandada a Nukay y el pueblo se puso al borde de la histeria. Entonces Lucifer se multiplicó por las calles: con cuernos y sin ellos; con una y dos colas; de dos a cuatro metros; transparente, rojo, negro, gris, azul... con patas de cabra y pezuñas de caballo... peludo; en cuerpo de mujer...

En todas las casas se rezaba. Un empleado de Zagal fue despachado con urgencia a Mezcala en busca de armas para batir al malo: estampas, cuadros, veladoras, rosarios y otros avíos.

El cura se encerró a conferenciar en la sacristía con don Tilo, Zagal, Pepenacho y el Cenizo. Se diseñó una estrategia y los dos últimos fueron enviados a preparar el terreno.

Al mediodía se llamó a misa y se pidió perdón por los pecados de Nukay, la Sodoma de la sierra de Guerrero. Esa hora vio ofrecer mandas como nunca antes y se comulgó con cuartos de hostia porque no alcanzaban para todos los que pidieron el pan de los ángeles.

Por la tarde salió la tercera cruzada de la cristiandad nukayense, dispuesta a la victoria sobre el maligno o a perder la vida y ganar la gloria en el intento, sin que esa vez el guerrero principal se permitiera un ápice de flaqueza.

—¡Hermanos! —arengó a su ejército—. ¡El maligno huye de la virtud y se somete a Dios y a su Santísima Madre! ¡Adelante!

La procesión recorrió primero las calles terregosas del pueblo. A

los lados y atrás del sacerdote iban los peregrinos originales, con Teobalda y Próspero en lugares de honor; la Viuda, media cara emparchada, disfrutaba de la admiración que su lucha cuerpo a cuerpo contra el demonio había despertado entre el beaterío. Al descubrirse la ausencia del sacristán tocó a don Simón el privilegio de empuñar incensario y calderilla.

La columna salió del pueblo y encaminó sus pasos a la cañada, donde una compañía de valientes, comandada por Pepenacho y el Cenizo, se había posesionado del campo.

Comenzó el exorcismo. El sacerdote de pie y el pueblo de rodillas, invocaron a santos y santas, a beatos y mártires, a arcángeles y serafines, a padres de la iglesia y profetas, a Dios y a sus ejércitos...

De pronto, una espiral de humo negro se alzó en el lugar maldito, partiendo en dos el cielo, y un "¡*Ave María Purísima*!" escapó de todas las gargantas. Al escucharse el crujir del fuego en la madera, y al verse las primeras llamas entre el breñal, decenas de pupilas dilatadas por el miedo se fijaron en el sacerdote, quien entonces alzó la vista a los cielos y clamó:

—¡Así como el fuego es el mal, el fuego purifica, hermanos! ¡Lucifer ha sido derrotado...!

A unos metros y medio ocultos, cada cual con una cubeta de petróleo vacía en la mano, Pepenacho y el Cenizo se unieron a los rezos.

Y durante mucho tiempo el Diablo no volvió a tiznar a nadie en Nukay.

Pioquinto

1
CIRILO

Por tercera vez en esa semana, Lupe Abarca fue a buscar a su compadre al almacén de piezas menores. Iba llorosa, y al deslizarse al interior ocultó la cara tras el rebozo.

Cirilo discutía con el electricista cuando sintió la presencia de la mujer y le hizo seña de que aguardara. Al salir el muchacho se dirigió a ella.

—¿Qué le pasa, comadre?

Lupe Abarca avanzó hacia el mostrador y se descubrió la cara. Tenía un moretón en la frente.

—Pioquinto otra vez —gimió—. Sigue borracho, compadre. Cuando le dije que el señor Zagal ya no quiere fiarle aguardiente me agarró a golpes. ¡Se puso tan corajudo que hasta al pobre Marcianito le aventó de cintarazos! Cirilo, ¡présteme usted pá comprarle una botella!...

Cirilo endureció la quijada, dos chispas borraron la opacidad de sus ojos. Buscó en la pechera y entregó un billete a la mujer.

—Mire comadre —la voz le salió como silbido—, sólo por mi ahijado le voy a dar el dinero, y porque ahorita no puedo salir a poner en paz a mi compadre, pero en la noche paso a verlo. Llévese usted a Marcianito a mi casa y ahí quédense los dos.

A las seis Cirilo revisó los vales del día. Antes de firmar el libro de balance habló a la mina por el magneto para verificar que el turno de la noche tuviera refacciones. Últimamente se estaban tronando los fusibles del malacate y no quería que lo fueran a despertar en la madrugada para abrir el almacén. Escuchó que levantaban la bocina al

otro extremo y la voz del rayador le llegó entre chirridos acompasados: buena señal, la trituradora estaba cargada.

A las seis y media estaba frente al cuarto de su compadre Pioquinto. Abrió de un empujón. El cuarto apestaba a vómito agrio mezclado con alcohol y de una esquina salían bramidos y rebuznos.

Cirilo se quedó parado a la mitad de la pieza mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra. *Mejor será mandarlo a Mezcala en la troca que sale mañana por refacciones. El jefe de la policía en el puente es cuñado de don Tilo y si le mandamos recado lo encierra un tiempo, que es lo que le hace falta. Ni modo, si no le hago así cualquier día mata al ahijado y a la comadre*.

Los ronquidos terminaron abruptamente en una tos ahogada. Se escuchó un rechinido de resortes y el moverse de un cuerpo sobre la cama. Luego varios chasquidos de lengua y el silbido de una larga inhalación a través de dientes cerrados. *Ya despertó el viejo cabrón... ahora va a saber lo que es bueno*. Cirilo avanzó dos pasos.

Desde el rincón salió un roznido.

—¿Quién... shtáyi...?

—Yo compadre. Cirilo. ¿Qué, se siente mal?

—No, no compadrhito. ¿Cómoshtá? Ashiénteshe... poráishunashilla... ¿She...shaun traghito? Aquíquedalgo. Oraverá...

Cirilo no respondió. Ya distinguía al borracho que tanteaba bajo la cama buscando su botella. Le descargó el puño sobre la nuca. Pioquinto se derrumbó al suelo y quedó como zopilote herido. Se agitó un par de veces y dejó escapar un aire nauseabundo. A los pocos minutos estaba de nuevo en la cama, pero amarrado de pies y manos. *¡Qué bárbaro es mi compadre, tiene tanto alcohol adentro que si le acerco un cerillo estalla!*

El jefe del almacén salió rumbo a la casa de Atilano, el minero mayor. Era jueves y algunos grupos iban a la tienda de Zagal al juego de baraja. Los saludó sin aflojar el paso.

Atilano no estaba convencido de que Pioquinto Abarca —otrora un excelente pegador—, tuviera remedio, pero estuvo de acuerdo en

que lo único que se podía hacer era encerrarlo una temporada, y escribió el recado para su cuñado el policía. Luego acompaño a Cirilo a buscar a Abel, el chofer de la troca.

Cirilo regresó a casa pasadas las nueve. Juanita, su hija de seis años, dormía en el regazo de Lupe Abarca. Marcianito estaba merendando. El ahijado dejó su lugar en la mesa y fue a besarle la mano. *Pobre chamaco, tiene moretones nuevos sobre los viejos. A ver si el inge lo quiere poner a jalar de zafrero, por lo menos para que se vaya haciendo su vida; ojalá no termine igual que mi compadre.*

—Lupe —dijo—. Acueste usted a la niña y salga tantito al patio.

La luz de una luna intensa bañaba a Nukay. Desde la casa de Cirilo, en la parte alta, los techos del pueblo semejaban un tiradero de espejos, y los árboles resplandecían. A la izquierda, la cañada se alargaba por entre los cerros. El aire mecía rumores: las risotadas de los mineros en la tienda de Zagal, las notas de una guitarra, el aullido entrecortado de un coyote en el cerro, el zumbido de los motores en la planta de beneficio...

Cirilo prendió un cigarro y quedó pensativo.

—Mañana se lo llevan, comadre —murmuró—. Va a estar un rato en Mezcala. Ojalá sea para bien.

—Será lo mejor —respondió la mujer con voz mansa.

—Mientras tanto —prosiguió Cirilo—, si se quiere quedar aquí con Marcianito un tiempo, nada le ha de faltar. Sirve que mi ahijado ayuda a cuidar a la niña hasta que le consiga algún trabajillo en el túnel.

2
JUANITA

Yo creo que los leones son como gatos muy grandes, y en vez de hacer "miaau" hacen "¡miaau!" Si me encuentro un león en la cañada no me voy a asustar. Le voy a decir: "Gatito, ¿puedo jugar con tus cachorritos?" y le voy a acariciar la cabeza y el lomo. ¿Serán muy altos los leones? Si no lo alcanzo me subo en una piedra y ya.

¿Y si me quiere morder? No, los gatos no muerden aunque estén grandotes. A los gatos les gusta el pescado. Le voy a decir a Marciano que me traiga uno del río y así cuando me encuentre al león se lo doy y ya no me muerde. Me gustaría que sea negro, como ese de la pared...

Juanita levantó la frazada hasta dejar una rendija por la que asomó el cuarto. Ahí seguía el león negro, a la derecha del cuadro del Señor y sus apóstoles, tranquilamente echado. Juanita cerró su atisbadero para no molestar al felino. Poco después su respiración se hizo acompasada. El animal se fue con los primeros rayos del sol.

3
PIOQUINTO

Ese año el cuatro de octubre cayó en domingo y Pioquinto Abarca sólo pegó dos barrenos en toda la mañana.

A las dos de la tarde Ramiro el rayador lo encontró tomando cerveza con el electricista y la cuadrilla de peones en la palapa de Serena. No hacía una hora que habían salido del turno y más de veinte cascos vacíos se amontonaban sobre la mesa de lámina.

—¡Pioquinto! —gritó Ramiro desde la puerta—. ¡Acaban de llamar del pueblo: ya es usted padre, fue un machito!

Un vocerío coreó la noticia.

—¡Felicidades, compadre!

—¡Un machito!

—¡Hombre Pioquinto, esto merece un trago!

El nuevo padre lanzó un grito:

—*¡Ayayayayayayay!*

Y los cachetes se le pusieron colorados de gusto. Ofreció una botella al mensajero. Del cuarto del fondo salió doña Serena secándose las manos en el delantal y se unió a la celebración.

—¿Así que un varoncito, eh Pioquinto? Pues no se me demore, corra a verlo. ¿Cómo está doña Lupe?

Fue Ramiro quien respondió:

—Bien, doña Serena. El doctor mandó recado para que avisaran por el magneto, y yo me arranqué a buscar a Pioquinto. Como hoy rayó pensé que estaría aquí.

—¡Y aquí sigo! —añadió el aludido—. Vente, Ramiro, acompáñeme a celebrar. Señora Serena, ¡cervezas para todos! A ver, ¿qué santo toca hoy?

Serena se aproximó a donde colgaba el calendario de Casa Zagal y dijo:

—Berenice, Francisco de Asís, Marciano y Marco.

"¡Marciano, que se llame Marciano!", gritaron varios a la vez.

—¡Pues que sea Marciano! —concedió Pioquinto—. ¡Las cervezas, Serena, las cervezas!

A media mañana del lunes el nuevo padre llegó a su casa con Ramiro y dos de la cuadrilla. Traían un galón de mezcal —la mitad aún en la botella— y entraron ruidosos al cuarto donde Lupe amamantaba al recién nacido.

—¡Eshmíjo! —babeó Pioquinto—. ¡Paashen a verlo! ¡Y tú, Lupe, apúreshe a prepararnosh el almuersho, que los mushashos tráin hartambre! Eshtuvhimosh shelebrando toditita la noshe.

Tomó a la criatura con manos torpes. El niño comenzó a berrear.

—Le vamosh a poner Maarshiano, Lupe.

—¿Marciano, Pío?... —exclamó asustada la mujer—. Yo había pensado en Francisco, y...

—¡Nada! *¡She—va—llamar—Maar—shiano!*

4
MARCIANO

El muchacho estaba en la mina cuando avisaron que habían matado a Pioquinto Abarca a cuchilladas durante una borrachera.

Cirilo llevó a Lupe y a su ahijado a Mezcala en el forcito de Zagal, y pagó la caja y el entierro de su compadre. Lo sepultaron en el camposanto que está cerca del río y regresaron a Nukay de inmediato, en silencio, sin lágrimas.

Esa noche Lupe escuchó ruidos extraños en el cuarto de Marciano y fue a ver: el aire de la pieza la golpeó con un sabor agrio y familiar. Prendió una vela. Durante unos instantes se quedó tiesa, con los ojos muy abiertos. Luego se deslizó al suelo y lloró.

Marciano se revolcaba en su propia porquería. Sobre un banco estaba una botella de mezcal a medio tomar.

El sueño

Estaba parado en un rincón y transpiraba incomodidad. De vez en vez se rascaba la nuca y restiraba los labios rumbo a las orejas. Desde el escritorio inmenso Atilano lo ojeaba por encima de unos lentes de angosta armadura de carey, un fajo de papel rayado entre las manos. El único sonido era un rozar de suelas en el piso de tierra. El muchacho parecía a punto de echar a correr, pero las raíces que le brotaban de las plantas de los pies se hundían más y más en la caliza y lo inmovilizaban.

Atilano lo atenazó con la mirada. Cerró un poco los ojos. Movió la quijada cuadrada en círculos. Los labios gruesos se abrieron lentamente y Pepenacho vio cómo una palabra se abría paso por entre los dientes blancos y fuertes. Era una palabra pequeña y tardó poco en asomar y otear el ambiente, insegura si algún propósito había para ser lanzada al mundo o si correría la suerte de un sonido vano. Las pupilas de Pepenacho se dilataron y su cuello se irguió instintivamente para llamar la atención de la palabra, para decirle que él era el destinatario. La palabra se desprendió de los labios de Atilano, quiso avanzar y cayó en espiral, calló... Pepenacho adivinó la turbación de la pequeña palabra cuando se deshizo en el polvo del piso.

Atilano abrió un poco más los labios y aparecieron, formadas de tres en fondo, otras palabras, muchas palabras, un ejército sombrío de palabras frías y compactas, duras, que no vacilaron. Pepenacho las vio venir hacia él, sintió un escalofrío, supo que no podría esquivarlas. Quiso llevarse las manos a los oídos pero las tenía cosidas a

las piernas con otros brotes de raíces (¿o eran los mismos que bajaban y salían por las plantas de los pies?). Contó tres suaves latidos de su corazón, thump, thump, thump, y cerró los ojos para no sentir el golpe de las palabras que ya aceleraban hacía él. En ese instante el miedo lo congeló...

Despierto bañado en sudor. Sé que es un sueño, pero no puedo recordarlo. Cada noche llega y se esconde. Aguarda mi inconsciencia para no delatarse. Suavemente se apodera de mí y se burla. Me posee y, saciado, me arroja del sopor. Y así permanezco hasta que los perros comienzan a ladrar, madrugada tras madrugada. Serena me dice que vaya a la choza de la bruja en la cañada, que con una limpia recupero la tranquilidad. Atilano no es tan cortés. Las *pintadas* de Mazapa son la única cura, si es que mi *enfermedad* es la misma de todos los adolescentes de todos los tiempos. No me cree cuando le digo que no, que es un sueño. Me taladra con la mirada. Descubre los errores que mi sueño y mi cansancio meten en el inventario del almacén y en la libreta de turnos. Me reconviene despacioso y yo quisiera que mejor me pegara, que me amarrara a la trituradora del molino y me pasara varias veces hasta que el polvo de mis huesos quedase mezclado con la cangalla y los detritus en el fondo de la mina y mi recuerdo perdido como se perdió la memoria de Cheo y de Pioquinto.

Es un sueño. Me quedo mirando fijamente el cielo de mi habitación. No hay leones entre las manchas oscuras y los trozos de caliche a medio desprender. Nada distingo. Me alzo pesadamente. Me cubro nariz y boca con las manos y aspiro el perfume agridulce de la soledad. Así permanezco. Pienso en Atilano y en La Pájara. En la comida del mediodía. En el absurdo derroche de pan y tortillas en la misma mesa. En el cajete rebosante de chilmole. En mi hambre.

...las palabras avanzaban como en sístole y diástole, thump, thump, thump. La frente de Pepenacho se perló de sudor frío. El

vientre se le endureció. Se dijo que las palabras, duras, compactas, no podrían dañarlo, y al mismo tiempo comprendió que se mentía a sí mismo, que esas palabras lo aniquilarían, lo transformarían, lo convertirían en otro, lo matarían... Quiso respirar hondo para resistir el impacto y descubrió que las raíces le habían cosido la garganta, y los labios y los orificios de la nariz. Al fondo del cuarto Atilano seguía abriendo y cerrando los labios en cámara lenta y por entre los anchos dientes, formadas de tres en fondo, seguían escapando las palabras, apresurándose entre sí, impacientes, ávidas de llegar a su destino. Pepenacho creyó adivinar una sonrisa en el rostro de Atilano...

Es un sueño. Aparto las manos lentamente de mi cara y abro los ojos precautoriamente. Hay una luz muy intensa en mi cuarto. La luz viene de la ventana que da al jardín. Entiendo. Es luz del norte. ¿Es un sueño? Me recuesto nuevamente. Hay un crujir bajo la almohada. Es un papel. Leo.

Sr. Pepenacho Garza...

Es la carta de La Pájara.

Es un sueño.

...que culminó cuando las primeras palabras llegaron a los oídos inermes del muchacho. Golpearon, taladraron, vencieron los pequeños obstáculos que había logrado colocar inmovilizado como estaba ya por las raíces que lo anudaban a lo largo del cuerpo. Cada palabra empujaba a la otra. Cada una se alojaba en su cerebro y estallaba, y una tras otra vencían las últimas resistencias de Pepenacho, hasta hacerlo comprender, hasta que entendió, y entonces unas gruesas lágrimas le surcaron las mejillas. Entendió. Se obligó a entender.

"Te aceptaron Pepenacho... no te digo adiós... es hasta luego..."

La luz de este cuarto es del norte. Me gana una sonrisa. No, en el

techo no podría encontrar leones, ni junto al cuadro del Señor con los Apóstoles, porque aquí no hay cuadros. ¿Tampoco recuerdos? La carta. Esta carta en mi mano es real.

Mi siempre estimado
Pepenacho la precente ba con el fin
de saludarte y te digo lo siguiente, te
digo que ya no estoy con el doctor por
que era mucho lo que yo sufría...

No fue un sueño. ¿Fue un sueño? Nukay no fue un sueño. ¿Estoy dormido?

-- 0 --